

BERTA LOPEZ FERNANDEZ*

LA GRADACION DEL ENVEJECIMIENTO EN LOS ESPACIOS INTRAURBANOS. ESTRUCTURAS DEMOGRAFICAS Y CRECIMIENTO URBANO EN GIJON

RESUMEN - RÉSUMÉ - ABSTRACT

La comprensión de las disparidades intraurbanas que manifiestan ciertos aspectos como los tratados en este artículo -grado de ocupación del espacio residencial, estructuras por edad y familiares y origen de los ingresos familiares- exige el uso de escalas de análisis grandes, tales como las secciones e incluso las manzanas censales. De esta forma es posible aproximarse con precisión a la correspondencia entre las sucesivas modalidades de organización del espacio construido y los contenidos humanos de éste.

La gradation du vieillissement dans les espaces intraurbains. Structures démographiques et développement urbain en Gijon. La compréhension des disparités intraurbaines qui manifestent certains aspects tels que ceux qu'on aborde dans cet article -degré d'occupation de l'espace résidentiel, structures par âge et familiales et origine des revenus des familles- exige l'utilisation de grandes échelles d'analyse, comme sont les sections et même les îlots censaux. Ainsi il est possible d'effectuer un rapprochement plus précis de la correspondance entre les successives modalités d'organisation de l'espace construit et les contenus humains de celui-ci.

Aging gradation in intraurban areas. Demographic structures and urban development in Gijon. The comprehension of intraurban disparities such as those revealed by the aspects included in this paper -occupation grade of residential space, age and household structures and origin of family incomes- requires the use of large scales of analysis such as sections and city blocks. In this manner it is possible to make an accurate observation of the agreement between the successive modalities of built space organization and its human contents.

PALABRAS CLAVE: sección censal, manzana censal, estructura por edad, estructura familiar, ingresos familiares, desarrollo urbano.

MOTS CLÉS: section censal, îlot censal, structure par âge, structure familiale, revenus familiaux, développement urbain.

KEY WORDS: census section, census city block, age structure, family structure, family incomes, urban development.

La insuficiencia de los criterios espaciales que todavía hoy adopta el Instituto Nacional de Estadística en la publicación de diversas estadísticas de carácter demográfico, en especial de los censos, redundan de manera incuestionable en un desconocimiento de enormes proporciones acerca de las poblaciones urbanas españolas. En efecto, pese a la aparición de una sociedad esencialmente urbana, cuya articulación espacial se hace cada vez más compleja, los proveedores oficiales de información continúan utilizando idénticos raseros, temáticos y de desagregación espacial, tanto para un municipio de escasa entidad demográfica como para un núcleo urbano de tamaño pequeño o mediano; por su parte, el cierto trato de favor que reciben las entidades mayores apenas puede decirse que sea proporcional a su importancia demográfica y su complejidad interna. No es adecuada a los tiempos que corren la presentación actual de gran parte de la información estadística, pero aún más, puede incluso apreciarse un retroceso en la calidad de las fuentes, pues por ejem-

plo los censos españoles de la era informática no alcanzan siquiera a igualar el detalle ofrecido por el censo realizado en 1860.

Así pues, el conocimiento de la realidad que se desarrolla velozmente ante nuestros ojos se resiente en especial de la escasa variedad de escalas de análisis susceptibles de ser abordadas a partir de las fuentes impresas. Frente a la visión sesgada y en cierto modo anacrónica que proporcionan las mismas, en forma de un antagonismo permanente entre las áreas rurales y las urbanas, el conocimiento geográfico de la población española requiere demorarse detenidamente en los espacios urbanos, tanto para desvelar los contrastes internos a cada núcleo como para captar la complejidad de la red urbana española. Es sencillo sin embargo ir más allá de la consideración de las poblaciones urbanas como entes de absoluta homogeneidad interna, definidos por oposición a las poblaciones rurales; no se precisa sino manejar con mayor eficacia y flexibilidad un volumen de información que siempre ha estado

*Departamento de Geografía, Universidad de Oviedo

aguardándonos, aunque permaneciese fuera de nuestro alcance efectivo debido a que su explotación representaba un volumen de trabajo inabordable de manera individual.

Ya empiezan a verse los resultados de los primeros pasos dados para remover ese obstáculo, pues a lo largo del último lustro de esta década han ido apareciendo diversos estudios acerca de la estructura interna, especialmente de la sociodemográfica, de varias ciudades españolas de tamaño heterogéneo (GOZALVEZ PEREZ, 1987; MIRALBES BÉDERRA, 1984; GONZALEZ GONZALEZ, 1987; OCAÑA OCAÑA, 1984; CALVO, 1985; CRUZ VILLALON, 1986). A ellos viene a añadirse ahora éste relativo a la primera ciudad asturiana. Queda sin embargo largo trecho por recorrer hasta que se generalicen los análisis intraurbanos en la extensa gama de ciudades del país, y falta todavía más para que puedan plantearse determinadas cuestiones teniendo en cuenta el conjunto de la red urbana nacional.

Estos trabajos a los que se ha hecho referencia cuentan con una serie de puntos comunes y algunas divergencias. La explotación preferente de los Padrones Municipales realizados en 1981 y el propósito de obtener un conocimiento desglosado de la totalidad de los respectivos cascos urbanos constituyen los dos puntos de partida, que también están en el origen de este trabajo sobre Gijón. De igual manera, coinciden muchos en plantear el estudio a la manera de un atlas, si bien el uso que se hace de la cartografía temática es bastante dispar, y ello sobre todo, aunque no de forma exclusiva, porque la exhaustividad pretendida y el desglose espacial efectuado difieren bastante; en algunos casos se trata todavía de una aproximación (Sevilla), en otros de verdaderos atlas temáticos (Alicante, Murcia).

En este artículo se presenta de forma parcial un atlas similar a los de estas últimas ciudades; los temas seleccionados se centran con preferencia en los contrastes estrictamente demográficos que aparecen inscritos en el espacio residencial gijonés, si bien ha parecido oportuno que les precediesen los relativos al grado de ocupación de dicho espacio, aspecto éste que de forma tradicional ocupa una posición preliminar en los análisis geodemográficos. Pero la novedad no se limita a poder acometer a una escala intraurbana el estudio de estos aspectos, bastante frecuentes a escalas menores; el acceso sin trabas a una fuente como los Padrones Municipales de Habitantes diversifica las aproximaciones temáticas y amplía hasta límites insospechados las escalas espaciales susceptibles de ser utilizadas. De esta manera, ha podido plantearse como conclusión de este trabajo una revisión en profundidad de las tradicionales medidas de dependencia económica entre la población complementaria y la población activa; ahora pueden clasificarse las unidades económicas básicas, esto es, las familias, según la cantidad y calidad de sus miembros perceptores de ingresos, bien sean rentas del trabajo o pensiones, y ello con el objeto de rastrear el cierto peso que la edad de las personas y el ciclo vital de las familias ejercen sobre la posición social de dichas células, y por ende sobre la segmentación residencial de los espacios que habitan.

También se da un gran salto en lo que se refiere al desmenuzamiento espacial de la ciudad; el tamaño moderado de ésta (casi un cuarto de millón de habitantes en 1981) permite trabajar sistemáticamente a escala de las secciones censales, aprovechando además la circunstancia de que en Gijón su talla es pequeña y por tanto su grado de homogenei-

dad interna bastante elevado; pero en contadas ocasiones, es decir, para aquellos aspectos que se juzgan especialmente relevantes, se ha acometido el delicado trabajo de ajustar el enfoque a la escala de las manzanas censales. Ni que decir tiene que unas escalas tan grandes, o lo que es igual, unos efectivos humanos tan reducidos, exigen ciertas precauciones en la cuantificación de los fenómenos, a fin de no agravar su aleatoriedad intrínseca, y además implican un cambio en las referencias explicativas que han de manejarse.

Así, mientras para comprender la acumulación del capital humano con que contaba Gijón en 1981 hay que tener presente la competencia por la captación de recursos económicos, actividades productivas y fuerza de trabajo que se ha desarrollado a lo largo de las tres décadas anteriores entre este núcleo y su entorno regional, para entender la estructura intraurbana de la población así absorbida se precisa el conocimiento, siquiera somero, de los ritmos de crecimiento espacial de la ciudad, de las modalidades de producción de suelo urbano que se han utilizado en cada momento y de la morfología del caserío resultante (ALVARGONZALEZ 1979 y 1982; LLORDEDI MIÑAMBRES 1978 y 1982-83; SENDIN GARCIA 1985 y 1988); tampoco sobraría conocer el funcionamiento del mercado urbano, aspecto éste escasamente tratado en los estudios de geografía urbana.

Siempre se ha dicho que el carácter de instantánea que poseen los censos y padrones es en cierto modo relativo; allí está la historia reciente de una sociedad y también puede vislumbrarse su futuro inmediato más probable. Eso mismo sucede con este tipo de atlas temáticos; pueden evocar largos períodos de historia urbana, que cristalizan en una organización socioespacial de validez cronológica más amplia que la fecha concreta a que se refieren. Viene esto a propósito de la modificación de algunos aspectos de la población gijonesa sucedida con posterioridad a 1981; de forma ligera en las variables estrictamente demográficas, con mayor intensidad en las de carácter socioeconómico no incluidas aquí, especialmente en las relacionadas con el desempleo galopante que aqueja a la ciudad desde esa fecha, se han producido transformaciones en el valor relativo adoptado por cada una de ellas a lo largo y ancho del espacio residencial gijonés, pero difícilmente puede suponerse que esto haya trastocado ya por completo el patrón de las distancias socioespaciales observadas, resultado de una larga sedimentación histórica. El conocimiento de dicho patrón, y no el inventario de valores referidos a una fecha concreta, es la aportación primordial de esta clase de trabajos.

I. DENSIDADES Y EVOLUCION RECIENTE DE LA POBLACION INTRAURBANA GIJONESA

El estudio de las densidades urbanas constituye un punto de partida obligado y no carente de interés para la comprensión de las estructuras urbanas en términos generales, y de las demográficas y sociales en particular, dado que dichas densidades se consideran un reflejo de la dinámica urbana, en el tiempo y en el espacio (NONN, 1965). Por ello revelan los grandes trazos de las diferenciaciones espaciales e invitan a buscar su explicación tanto en las actuales estructuras socioprofesionales y demográficas como en el desarrollo temporal de los diferentes sectores residenciales, con su sucesión de modalidades tipológicas de edificación. En último término, su origen reside en las políticas urbanísticas aplicadas a la

construcción de la ciudad. No es preciso recordar por extenso que tales políticas han perseguido no tanto alojar a la masa de población laboral y complementaria que en cada momento demandaba el sistema productivo local como atender las presiones de quienes han aprovechado esa presencia para realizar plusvalías, en un circuito del capital paralelo al productivo industrial, mediante la producción de suelo y vivienda urbanos (LEFEBVRE, 1980).

La lectura de los dos mapas de densidades, por manzanas y por secciones censales, que ilustran este capítulo ofrece a primera vista una aparente contradicción en el reparto espacial de los valores de ocupación observados a una y otra escala. Pero no hay tal contradicción, sino que por el contrario el diferente método seguido en cada caso para la obtención de los valores, y en consecuencia su distinto significado, permite poner de manifiesto dos aspectos complementarios y de equiparable importancia acerca de la presión que ejerce la población gijonesa sobre la trama construida.

En términos generales, las densidades por manzanas muestran con bastante precisión la disponibilidad de espacio de uso residencial que los constructores de la ciudad han destinado a lo largo del tiempo a los distintos estratos sociales; pero esa traducción, además de no ser lineal de manera estricta, se encuentra oscurecida en no pocas ocasiones por la remodelación o en su defecto por el deterioro y abandono en que se encuentran los ámbitos con tipologías edificatorias envejecidas. Las densidades a escala de sección, por su parte, consideran el espacio urbano de manera menos restrictiva, y miden en consecuencia el grado de macizamiento a que ha estado sometida la trama urbana ya consolidada, es decir, el asalto a los sectores residenciales apenas edificadas, o a los ya realizados según tipologías edificatorias y viarias diferentes a las impuestas con posterioridad. Muestran en definitiva la densificación de la ciudad, no ya desde el punto de vista residencial, sino del de la proporción residencial/espacios públicos, señalando con particular precisión aquellas áreas en las que se ha completado el segundo ciclo de extracción de plusvalías, el correspondiente a la edificación abusiva en altura, siendo el primero la producción de suelo urbano según modalidades que primaban la obtención de un número elevado de solares en detrimento de la red viaria, en concreto a través de parcelaciones anárquicas de fincas rústicas, mecanismo que ha sido usado con profusión en esta ciudad a lo largo del cambio de siglo.

En el mapa de densidades por manzanas se muestran pues las densidades residenciales, entendiendo por tales aquellas que han excluido del denominador, cuando ello ha sido posible, los espacios de uso no residencial, tales como edificios administrativos, sanitarios, religiosos, educativos, industriales, espacios de uso común en las manzanas de edifica-

ción abierta (pero no los espacios de recreo privados que se encuentran en las urbanizaciones y viviendas unifamiliares de Viesques y de las cercanías del Parque de Isabel La Católica ni los patios de las manzanas cerradas), etc. En el plano por secciones se representan las densidades brutas, aunque rectificadas en aquellos casos en que la mayor parte de la superficie de la sección correspondía a espacios rurales, industriales o de equipamientos diversos¹.

Desde cualquier perspectiva que se adopte, es evidente que los gijoneses no se encuentran holgados de espacio en su ciudad; a este respecto es expresivo que la densidad conjunta del casco urbano alcance la elevada cifra de 353,6 hab/Ha., valor que como todo promedio enmascara situaciones muy diversas. De hecho, las densidades residenciales oscilan entre los 0,17 habitantes por 100 m² en una manzana del envejecido caserío del Llano de Arriba (sección 610, es decir, distrito VI, sección 10) y los 96,9 de la manzana 2 de la sección 309, en un sector residencial de elevado estatus, como corresponde por su cercanía al único parque merecedor de tal nombre en la ciudad. En general, las densidades residenciales que superan los 10 hab/a. forman una ancha aureola que contornea el centro urbano, es decir, se localizan en todos los sectores remodelados o construidos con posterioridad a 1965, cuando en Gijón se produjeron las más numerosas y graves transgresiones de las Ordenanzas de Construcción (LORDEN MIÑAMBRES, 1978). Esa corona más avara en espacio residencial incluye sectores de contrastado contenido humano, si bien puede señalarse que las situaciones de mayor hacinamiento (más de 20 hab/a.) suelen afectar casi sin excepción a los barrios obreros: Contrucees, Pumarín, Nuevo Gijón, Polígono de Pumarín, un pequeño sector del Natahoyo (Grupo Santa Olaya), y enclaves localizados de la Calzada, todos ellos con una tipología edificatoria de torres y bloques exentos de reciente construcción, cuyas viviendas tienen casi siempre una superficie construida inferior a 100 m². Es casi obvio decir que en su mayoría se trata de viviendas subvencionadas (LORDEN MIÑAMBRES, 1982-83).

De igual manera, las densidades por secciones se mueven entre los 56,8 hab/Ha. de la sección 340, en la zona Parque-Viesques, y los 1,191, 8 de la 129, en el entronque de las congestionadas calles de Fernández Ladreda y Manuel Llana, caracterizando sus valores más elevados a aquellas áreas que mediante remodelaciones masivas, pero sobre todo mediante la nueva incorporación fuera de Ordenanzas de suelo subocupado han visto densificado su plano muy por encima de lo que permitía su trama viaria obsoleta. Dos son con claridad los sectores más apetecidos por los promotores inmobiliarios para realizar buenos negocios; por una parte, el extremo oriental del barrio de la Arena, que en el Plan Valentín-Gamazo de 1947 se preveía ocupar en forma de ciudad-jardín y hoy alberga en grandes manzanas ce-

¹ Las medidas superficiales de las manzanas han sido planimetradas básicamente sobre el *Plano de Alineaciones y Alturas* a escala 1: 2.000 realizado por el Excmo. Ayuntamiento de Gijón. De forma ocasional se han utilizado también los *Planos de Alineaciones* confeccionados a idéntica escala en 1970 y 1980 por el mismo organismo, así como el *Plano Parcelario del Casco Urbano de Gijón* a escala 1: 1.000 del año 1970, realizado por el Servicio de Valoración Urbana de la Delegación de Hacienda de Gijón, plano que ha sido de especial utilidad para el conjunto de Cimadevilla. La planimetría

de las secciones censales ha sido hecha sobre un plano a escala 1: 9.000, excluyendo los espacios rurales correspondientes a las secciones situadas en los flecos del casco urbano, los espacios industriales del frente costero occidental, las áreas industriales y de servicio de los ferrocarriles que penetran hasta el casco urbano desde el S. O., así como los edificios relacionados con la cárcel y el cuartel, que constituyen los espacios dominantes en la sección 311. También se ha excluido la superficie del Parque de Isabel La Católica.

rradas a más de 600 y con frecuencia a más de 1.000 habitantes por hectárea, mayoritariamente pertenecientes a los estratos medios-altos de la sociedad gijonesa. Excusado es decir que es aquí donde se han cometido las mayores tropelías, con excesos de hasta 906 m² como promedio de las actuaciones inmobiliarias, los mayores de la ciudad (LLORDEN MIÑAMBRES, 1982-83).

Otro enclave que ha proporcionado solares de alto valor comercial ha sido el inicio de la calle Fernández Ladreda y áreas adyacentes, también conocido como Puerta de la Villa, ocupado por clases medias. Con casi 400 m² de exceso como promedio de las actuaciones inmobiliarias y la mayoría de los edificios con alturas comprendidas entre 10 y 17 plantas (LLORDEN MIÑAMBRES, 1982-83), constituye el segundo ejemplo de especulación en altura superpuesta a la inicial, tacaña en viales, de forma que iguala al enclave anterior en el ahogo padecido por sus habitantes, que deben apañarse a razón de entre 600 y 1.000 hab./Ha. en 4 secciones censales y superando los 1.000 en otras 2, una de ellas, la minuta 123, situada al completo sobre los terrenos de la antigua fábrica de Adaro.

El resto de las áreas fuertemente macizadas (más de 600 hab./Ha.) busca también la proximidad de las clases medias y altas, sin que por ello se pueda decir que los barrios obreros escapen totalmente a este problema. La zona interior del barrio de la Arena, el barrio del Tejedor-Los Campos y el del Real alojan a clases medias, mientras que el Llano del Medio como zona más extensa y porciones del Llano de Abajo, de Ceares, de la Calzada y del Cerillero están ocupados por empleados y obreros.

La consideración conjunta de las densidades residenciales, de las densidades rectificadas y de la evolución de la población por secciones censales en el período 1975-1981 permite establecer los siguientes grupos de áreas residenciales, teniendo también en cuenta la morfología urbana.

1. Áreas de urbanizaciones y vestigios de ciudad-jardín. Representadas únicamente por el extremo oriental del casco urbano, en la zona conocida como Parque-Viesques, enlaza más al oriente con la parroquia de Somió, verdadera ciudad jardín de la ciudad y cuyo contenido social es también elevado. De crecimiento muy fuerte en estos últimos cinco años puesto que constituye una de las principales zonas de acogida de los inmigrantes llegados en ese período, tiene en razón de la forma en que se ocupa unas densidades escasas, inferiores por lo general a los 7,5 hab./área las residenciales, aunque en el contacto con el extremo oriental del ensanche las manzanas de promoción más antigua participan del hacinamiento de éste; las densidades rectificadas por secciones se encuentran también entre las mínimas del casco urbano, siendo de tan sólo 56,8 hab./Ha. en la sección 340.

2. El centro y los barrios obreros más antiguos, enclaves escasamente ocupados. El centro histórico, es decir, Cimadevilla, como también el tómbolo, correspondiente al Plan de Mejoras joveanista, el área de Natahoyo-Santa Olaya, barrio obrero de la primera revolución industrial, y el Llano de Arriba, parcelación del cambio de siglo ocupada de forma muy lenta que mantenía en 1981 un cierto carácter suburbano, presentan también densidades escasas; las residenciales son de forma sistemática inferiores a los 10 hab./a., pero lo más frecuente es que no superen los 7,5 hab/a. Debido a su morfología de

manzanas cerradas y pequeñas, con calles estrechas y con una ocupación escasa, que se explica por el deterioro y abandono de Cimadevilla, donde incluso el número de viviendas ha comenzado a disminuir en los últimos años (LLORDEN MIÑAMBRES, 1982-83), y por la pervivencia de las edificaciones de la primera ocupación en las restantes áreas -en el Llano de Arriba cerca del 25% de los edificios era todavía de una planta a finales de los setenta (LLORDEN MIÑAMBRES, 1982-83)- las densidades rectificadas no superan casi nunca los 300 hab./Ha. Los valores ligeramente superiores a esa cifra que se localizan en el extremo occidental del barrio de Cimadevilla tienen su origen en la construcción, a lo largo de la década de 1960, de viviendas subvencionadas.

Rasgo común a todas estas áreas del espacio residencial, y en consonancia con el deterioro que manifiesta su caserío, es el estancamiento demográfico a lo largo del último lustro o la pérdida de efectivos, dinámica a la que se sustraen tan sólo algunos enclaves del Natahoyo y del Llano de Arriba, en los que comienza lentamente la remodelación puntual o la ocupación de solares subocupados.

3. Las densidades medias: áreas de consolidación antigua en proceso de remodelación. En este grupo se pueden incluir las siguientes zonas residenciales: antiguo ensanche del barrio de La Arena, a excepción de su porción costera y oriental, mitad sur del centro urbano, zona del Humedal, al SO. de la plaza homónima, El Fumeru, La Calzada (a excepción de los grupos de La Algodonera y Nuevo Jove) y el Llano de Abajo en su mitad oriental (secciones 401 y 402), así como la antigua parcelación de Munilla, en Pumarín (sección 607).

Todas ellas tienen en común haber sido incorporadas en fecha temprana al plano de la ciudad, ocupándose por lo general a lo largo del cambio de siglo y primeras décadas del presente, incorporación que se efectúa mayoritariamente bajo la forma de parcelaciones particulares, salvo como es lógico el ensanche burgués del Arenal y el centro, inscrito en la cerca militar decimonónica. Ello ha producido una pervivencia, todavía palpable, de las tipologías edificatorias usuales en aquellas fechas, variables según el estrato social destinatario en cada caso. Dicha pervivencia, además del carácter de centralidad que hoy reúnen muchas de las áreas, ha inducido a comenzar aquí y allá el proceso de remodelación, consistente la mayor parte de las veces en la sustitución de algunos edificios de casi todas las manzanas, pero que en ocasiones se acomete con una envergadura espacial mayor, como se observa en el grupo de siete manzanas al SO. del centro urbano, entre las calles Álvarez Garaya-Palacio Valdés y Donato Argüelles, o en las densas manzanas edificadas al O. del paseo de Begoña, sobre el solar de una antigua fábrica de vidrio.

Esa yuxtaposición espacial origina un mosaico variado de densidades contrastadas; las residenciales más elevadas, salvo en el caso de manzanas diminutas, no superan los 15 hab./a., aunque lo normal son densidades inferiores a 10 y aún a 7,5 hab/a. De igual manera, se amplía la horquilla de las densidades rectificadas, que se muestran aquí en los valores medios de la amplia gama que adoptan a lo largo del casco urbano, oscilando entre 300 y 600 hab./Ha.

De las áreas incluidas en este grupo, las de mayor centralidad acompañan en el desdoblamiento al resto del centro urbano, mientras que las más

periféricas (porción media del ensanche, Llano de Abajo, La Calzada y Munilla) siguen una evolución variada; por lo general están poblándose a un ritmo moderado o incluso fuerte (20-100%), a excepción de algunos sectores de La Calzada que decrecen como el centro.

4. Las densidades medias-altas, un origen heterogéneo. Comprende este grupo un corto número de zonas residenciales bastante similares a las inmediatamente anteriores, pero que divergen sobre todo en los valores de ocupación residencial alcanzados o en la fecha en que han sido ocupadas.

El extenso barrio de El Coto fue agregado al casco urbano mediante una parcelación particular de envergadura que de forma anómala adoptó la tipología de ciudad jardín con un contenido social variado. Hoy son muy pocas las manzanas que conservan íntegramente ese carácter, habiendo sido sustituidas las viviendas unifamiliares por bloques extensos de mediana altura desde mediados de los años 1960, contraviniendo con frecuencia los límites volumétricos de las Ordenanzas.

El barrio de Cuatro Caminos podría asimilarse en sus orígenes a los adyacentes de La Calzada y de Santa Olaya, pero a diferencia de ellos las distintas y masivas operaciones inmobiliarias (sobre el solar de una antigua fábrica de cervezas en el caso más llamativo) han conducido a una ocupación residencial sensiblemente más elevada.

Por último, el barrio de El Cerillero, el apéndice más occidental del casco urbano, ha sido ocupado en fecha bastante más tardía que los contiguos, una vez éstos acusaron la escasez de espacio, por lo que no cabe hablar de remodelaciones masivas ni de yuxtaposiciones, y sí de primera ocupación, que está produciéndose todavía.

De esta forma, las densidades residenciales por manzanas alcanzan con mayor frecuencia que en el grupo anterior el umbral de 10-15 hab/a., siendo éste el más abundante y el que define los mayores espacios, seguido por el de 7,5 a 10 hab/a., sobre todo en El Cerillero. Y sin embargo, las densidades rectificadas revelan una ocupación media del espacio, por la existencia en los barrios occidentales de suelo subocupado o suelo industrial reconversible, adoptando dichas densidades el aspecto de un mosaico: de forma localizada, sus valores alcanzan hasta 1.000 hab/Ha. en el Cerillero, los 600 en El Coto y los 500 en Cuatro Caminos, al tiempo que todos ellos cuentan también con densidades rectificadas inferiores a 200 hab/Ha.

El hecho de que todos estos barrios dispongan todavía de espacios susceptibles de ser remodelados u ocupados por primera vez, coincidiendo con esas áreas de bajas densidades, hace de ellos núcleos de recepción de nuevos habitantes, crecimiento que se produce de forma más clara en los barrios obreros del O. que en El Coto, de mayor extensión y de dinámica más contrastada.

5. Las densidades elevadas: el macizamiento de las parcelaciones antiguas. Los barrios de El Real, Tejedor-Los Campos, Ceares y Llano del Medio-Llano de Abajo occidental tienen en común, además de su origen en ese mecanismo concreto de producción de suelo urbano, que en el Llano del Medio es responsable tan sólo del germen inicial en torno a la "carretera carbonera", unas densidades rectificadas realmente altas, que se mueven entre un mínimo de 400 hab/Ha. y un máximo, alcanzado con mucha frecuencia, de hasta 1.000 hab/Ha., mientras que en

las residenciales abundan los valores comprendidos entre 10 y 15 hab/a.

Constituyen en su mayoría la que fue la primera corona del extrarradio (El Tejedor, El Real, Llano de Abajo), y también parte de la segunda (Llano del Medio-Ceares), coronas que, habiendo incorporado al plano de la ciudad una superficie excesiva en relación al crecimiento demográfico de entonces, han permanecido en su mayor parte semiocupadas y en reserva, a la espera de una afluencia mayor de habitantes. Por ello, se macizan y conectan entre sí a través de la ocupación de sus espacios intersticiales a partir de mediados de este siglo, especialmente a partir de 1965, momento que reúne las mejores condiciones para el relanzamiento masivo de su función residencial, orientada a acoger los estratos sociales medios y bajos de la población que desde entonces ha afluído a la ciudad. En el quinquenio 1976-1981 tal ocupación, aunque presumiblemente aminorada, está todavía realizándose, de forma que todas esas áreas, a excepción de El Real que se encontraba ya en fase de estancamiento, ofrecen una evolución positiva bastante intensa.

6. Las densidades elevadas: el hacinamiento de una fracción de las clases medias-altas. La absoluta libertad en que se movieron hasta comienzos de la década de 1970 los promotores inmobiliarios ha redundado en una densificación que podría clasificarse de interclasista y que halla su explicación en lo sustancioso del negocio de promover y construir ese bien de consumo que es la vivienda para una demanda solvente, por lo que este fenómeno dista de ser exclusivo de Gijón (CRUZ VILLALON, 1986).

De esta forma, a medio camino entre el hacinamiento de los barrios obreros mencionados más arriba y los que se detallarán a continuación, se encuentran dos áreas localizadas en el dominio espacial de las clases medias-altas y altas de la pirámide social gijonesa (extremo oriental del ensanche de la Arena-Los Campos y Puerta de la Villa). En ellas, las abundantes actuaciones inmobiliarias fuera de Ordenanzas y por lo tanto el desmesurado crecimiento en altura de los edificios han producido unas densidades rectificadas que no descienden en ningún caso de los 600 hab/Ha. y que en muchos superan los 1.000 hab/Ha., densidades de población que hallan su paralelo en la densidad de las viviendas, que también es aquí la más elevada de la ciudad, por encima de las 275 viviendas/Ha. (LORDEN MIÑAMBRES, 1982-83). Por su parte, las densidades residenciales no muestran un grado de hacinamiento mayor que el de los barrios obreros señalados con anterioridad gracias a que en promedio la superficie construida por vivienda refleja, ésta sí, el estrato social destinatario (LORDEN MIÑAMBRES, 1982-83), así como la existencia de numerosas viviendas desocupadas.

Por lo que respecta a su evolución demográfica reciente, deben diferenciarse el núcleo occidental de altas densidades del oriental; este último todavía se encuentra en su mayor parte en fase de ocupación bastante intensa, pese a haber entregado el relevo a la colindante zona de Parque-Viesques, en tanto que la Puerta de la Villa está desproblemando, con la excepción llamativa de su extremo meridional, que asemeja al cercano Polígono de Pumarín. Ese declive es debido seguramente al avanzado ciclo vital de las familias que allí se asentaron en las dos décadas anteriores; la mortalidad de los cabezas de familia pero sobre todo la segregación de nuevos núcleos familiares pueden explicar esa pérdida demográfica (véanse las láminas II. 2 y III.1).

7. Los barrios de torres y bloques exentos, unas densidades específicas. En efecto, la presencia regular de esa tipología edificatoria, característica de los barrios de construcción más reciente, puede ser rastreada a través del plano de la ciudad mediante la localización de las densidades residenciales más elevadas, aquéllas que sobrepasan los 20 hab./a. Ese hacinamiento residencial caracteriza a buena parte del S. y del SO. del casco urbano, es decir, los barrios de Contruices, Pumarín, Nuevo Gijón y Polígono de Pumarín, así como a grupos dispersos de Natahoyo y La Calzada (Grupo Santa Olaya, La Algodonera y Nuevo Jove).

Como corresponde a barrios nacidos bajo el impulso de la iniciativa pública, que sería complementada de forma inmediata por la privada, predominan en ellos de manera absoluta las viviendas subvencionadas de superficie construida no muy amplia, aspectos ambos que denotan el contenido social que los ocupa.

Desde el punto de vista de las densidades rectificadas y de la evolución demográfica reciente, no se encuentra en ellos tanta uniformidad, y es lógico que así suceda en razón de su diferente cronología, pudiendo distinguirse los de construcción y ocupación ya completadas de los que constituyen en estos momentos los focos de expansión de la ciudad. Los primeros cuentan con densidades rectificadas bastante fuertes, entre 300 y 600 hab./Ha., manifestando a lo largo del período 1976-1981 unas pérdidas de población que en su intensidad y origen podrían equipararse a las de la Puerta de la Villa; de forma más ocasional, crecen moderadamente.

Los segundos (extremo occidental de Pumarín y Polígono de Pumarín al completo) constituyen precisamente las más extensas de las agregaciones recientes al plano de la ciudad, coincidiendo el comienzo de su ocupación con los años aquí observados, de forma que son normales los incrementos demográficos que duplican y hasta triplican holgadamente los efectivos iniciales. Como en cierta manera sucede también en el cercano polígono de Nuevo Gijón, en ellos el proceso de ocupación, aún no completado, hace descender las densidades rectificadas por debajo de los 300 hab./Ha.

II. LA GRADACION ESPACIAL DEL ENVEJECIMIENTO: LAS ESTRUCTURAS DEMOGRAFICAS

Este apartado tiene por objeto esclarecer la razón de los contrastes que se observan en las características estrictamente demográficas (edad, sexo y estado civil) de la población censada en 1981 a lo largo del espacio residencial gijonés. Pero el uso del término demográfico, calificativo que acompaña con frecuencia a estudios o descripciones que constituyen un fin en sí mismos, no debe inducir a considerar este apartado de forma aislada con respecto al precedente, por una parte, y a los que le siguen, por otra; de manera concreta, las conexiones más evidentes se establecen con el relativo al tamaño de las familias, y en gran medida también con el dedicado a averiguar, si quiera de forma indirecta, el distinto origen de los ingresos familiares.

El hilo conductor que permite relacionarlos a todos ellos viene representado por el contrastado grado de envejecimiento que acusa la población de los diferentes espacios residenciales. Envejecimiento mayor o menor que es entendido en sentido extenso; no sólo como mera información acerca de la composición por edades, sino como expresión compleja y

multifacética de las fases del ciclo vital de las personas y sobre todo de las familias que es dado encontrar en ésta como en todas las ciudades.

Dicho envejecimiento *sensu lato* responde a dos condiciones; de una parte, a un comportamiento demográfico que manifiesta sensibles diferencias según el estrato social considerado y que merecerá una mención breve, habida cuenta de que ha de ser analizado de manera indirecta. La segunda dependencia, cuya importancia explicativa es mayor, se establece, al igual que otras características sociales de la población urbana, con el funcionamiento del mercado inmobiliario en la ciudad. Ese mecanismo permite explicar la correspondencia, tantas veces descrita, entre la edad del hábitat y la de sus habitantes, y en consecuencia la distribución a grandes rasgos concéntrica de las estructuras demográficas.

Los diferentes procesos de producción de suelo urbano, las fases de expansión espacial de la ciudad y las tipologías edificatorias que se insertaron como elementos explicativos de las densidades urbanas han de ser tenidas en cuenta nuevamente, dado que caracterizan a uno de los factores, la vivienda, que intervienen en dicho mercado, determinando su precio y modalidad de disfrute.

Así, el conjunto de las viviendas urbanas no constituye sino el resultado de la sedimentación de las formas históricas de organización del espacio residencial; dicho de otro modo, la generalidad de las viviendas refleja, en su edad y características, el cometido que a lo largo de fases históricas sucesivas le ha sido asignado con respecto a la reproducción de la fuerza de trabajo. Si en los comienzos de la revolución industrial ejerció únicamente la función de abrigo precario, próximo en lo posible al lugar de producción «en la villa gijonesa las "ciudadelas" o "barrios ocultos", expresión clara de ese papel, han sido muy abundantes e incluso han pervivido hasta hace poco (ALVARGONZALEZ, 1982; QUIROS LINARES, 1982) - en fechas posteriores, y como reacción a los problemas de todo tipo que planteaba la situación anterior, comenzó a adquirir un papel central en la reproducción y disciplina de la fuerza de trabajo, para lo que era imprescindible la mejora de las condiciones de habitabilidad (SIERRA ALVAREZ, 1985; KESTELOOT, 1986). Desde los años 1960 el papel de la vivienda ha cambiado sensiblemente; podría decirse que se ha hecho de su necesidad una virtud, gracias a que la intervención subsidiaria del Estado ha permitido la producción capitalista de viviendas destinadas a una demanda insolvente. La vivienda representa en estos años un bien generalizado de consumo, y «el "habitante" ejerce también la función de comprador de espacio que realiza la plusvalía» (LEFEBVRE, 1980).

De esta forma, no sólo es la edad del parque inmobiliario, sino también su morfología, reveladora de la función y destinatario que en cada momento ha tenido, las características que introducen una dualidad en la oferta del mercado de la vivienda, dualidad que halla su correspondencia en una segmentación de la demanda, a través del nivel de los ingresos. Por el momento interesa destacar que dicha segmentación de la demanda, además de ser social, es también demográfica; mejor dicho, debido a que depende estrechamente de la posición jerárquica que en la división social del trabajo ocupan los demandantes, tiene también unas indudables connotaciones demográficas.

Así lo demuestra la segmentación previa a todas las demás que debe hacerse con respecto al origen de los ingresos familiares, aspecto este que constituye

un sustituto imperfecto del estudio de la cuantía de dichos ingresos, que por razones obvias resulta imposible efectuar. Dicha separación previa contraponen en primer lugar a aquellas familias cuyos ingresos ya no dependen de actividad productiva alguna, las que perciben rentas pero sobre todo pensiones, frente a aquellas otras que cuentan con miembros perceptores de rentas del trabajo. Las primeras tienen como característica demográfica básica un envejecimiento en sentido extenso, y ocupan el segmento más antiguo y degradado del parque inmobiliario bien porque su nivel adquisitivo no les permita escoger entre la oferta de viviendas, o bien, y esto parece lo más verosímil, porque la rotación en el mercado inmobiliario de ese grupo de viviendas haya estado largo tiempo paralizada, habida cuenta del predominio de los alquileres antiguos, largo tiempo congelados, en los sectores centrales de las ciudades españolas; la consecuencia en ambos casos es la evolución paulatina de las familias ocupantes hacia ciclos vitales más avanzados (MORENO JIMENEZ, 1981; FERNANDEZ GUTIERREZ, 1979). Así parecen confirmarlo unas políticas urbanísticas que desde los años 1960 han primado el acceso generalizado y en propiedad a la vivienda periférica, al tiempo que mantenían los espacios previamente ocupados en situación de reserva, estrategia de la que no se excluye el deterioro, antes bien, se fomenta abiertamente en ocasiones.

El diferenciado acceso a la vivienda del segundo gran grupo de familias, las que cuentan con al menos un activo entre sus componentes, será tratado con posterioridad, puesto que sus implicaciones demográficas son menores.

1. LA ESTRUCTURA POR EDAD DE LAS SUBPOBLACIONES URBANAS: UNA DISTRIBUCION CONCENTRICA

La composición por edad del conjunto de la población del casco urbano gijonés resulta efectivamente de la coexistencia de al menos dos subpoblaciones claramente perfiladas y segregadas espacialmente, cada una de las cuales proporciona ciertos rasgos característicos a ese aglomerado final que es el conjunto de la ciudad.

CUADRO I
ESTRUCTURA POR EDAD DE LA POBLACION DE GIJÓN
Y DE ASTURIAS EN 1981

Edad	Total Asturias	Zona Rural	Zona Intermedia	Zona Urbana			Gijón (casco)
				I	II	III	
0-19	30,0	26,8	32,9	28,9	34,3	31,6	31,9
20-59	52,3	50,1	52,5	55,1	54,0	53,9	54,2
60+	17,7	23,1	14,6	16,0	11,7	14,5	13,9
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Índice de Vejez	0,59	0,86	0,44	0,55	0,34	0,46	0,44

Fuente: Censo de 1981 y Padrón Municipal de Habitantes de Gijón de 1981.

Zona Rural: entidades de > 2.000 habts.
 Intermedia: 2.001 - 10.000 "
 Urbana I: 10.000 - 50.000 "
 Urbana II: 50.001 - 100.000 " (Sama-Lla Felguera y Mieres)
 Urbana III: 100.000 - 500.000 " (Gijón y Oviedo)

Considerados globalmente, los casi 230.000 gijonenses componen una comunidad que puede calificarse de adulta-joven. Ese carácter debe atribuirse a una población que, sin acusar todavía una presencia

abrumadora de viejos (los mayores de 60 años alcanzan el 13,9% del total), cuenta con unos tramos jóvenes situados en el umbral crítico que inicia la evolución hacia el envejecimiento por la base (los menores de 20 años representan algo menos del tercio del total, un 31,9%), y ese mismo calificativo resulta de su comparación con la población asturiana global, algo más escasa de adultos y de jóvenes que la gijonesa (véase el Cuadro I).

La abundancia de adultos constituye un rasgo compartido con el resto de la población urbana regional, cualquiera que sea el tamaño de los núcleos que la alberga, lo que no hace sino reflejar la importancia que en las últimas tres décadas ha revestido la "succión urbana" de los factores productivos regionales. Por otra parte, y de forma significativa, los jóvenes escasean más en los tramos del sistema urbano castigados por la desindustrialización (Población Urbana I), lo mismo que en el ámbito rural, por oposición a los núcleos comarcales (Población Intermedia) y a Avilés (único núcleo que en Asturias representa a la Población Urbana II), cuyas cifras constituyen los máximos regionales, por delante de la primera ciudad asturiana.

Volviendo a la población gijonesa, en el aspecto de su pirámide de edades (Fig. 1) destaca, además de su carácter triangular atenuado, lo que corrobora las apreciaciones anteriores, la nítida cesura que se establece entre las distintas generaciones que en ella están representadas. La primera y más profunda, la que se sitúa entre los 40 y los 44 años, es común a cualquier ejemplo español dado que resulta de la escasez de nacimientos durante nuestra guerra civil, y divide la pirámide del casco urbano en dos mitades contrapuestas cuyas características adquieren luz al compararlas con las de los 6 distritos urbanos (Figs. 1 y 2).

El perfil de las edades por encima de los cuarenta años acusa con claridad la existencia de una subpoblación intraurbana central envejecida; son los tres primeros distritos los que proporcionan al conjunto del casco urbano unas abundantes generaciones adultas maduras (40-59 años), aun cuando éstas tampoco escasean en los barrios periféricos. Pero la aportación más relevante es la de población que ha superado los 60 años, en la que, como suele ser habitual, el desequilibrio entre hombres y mujeres es claramente favorable a las segundas.

El perfil de la mitad inferior de la pirámide global, por el contrario, refleja la composición de los barrios periféricos. El hecho de que en todos ellos se hayan producido ampliaciones recientes del plano se reconoce con nitidez en el perfil de los tramos de edad que contienen a los nuevos núcleos familiares allí instalados; así se explica la abundancia de adultos jóvenes y de sus hijos menores de 20 años, como también se entiende la aparición entre ambos de la segunda cesura o muesca característica. Dicha cesura apenas se dibuja en los distritos centrales, dada su diferente composición familiar y es trasladada como trazo básico al perfil de la pirámide del conjunto del casco urbano en razón del elevado volumen demográfico de los distritos en que aparece con mayor claridad.

No todo son contraposiciones, sin embargo; además de la constancia en el peso proporcional de los efectivos adultos maduros, es posible reconocer otro rasgo común a todos los espacios urbanos en el retroceso relativo de los niños menores de 5 años. Como si de las provincias españolas se tratara, a lo largo del último lustro de la década de 1970 la natalidad se ha contraído independientemente de la condición

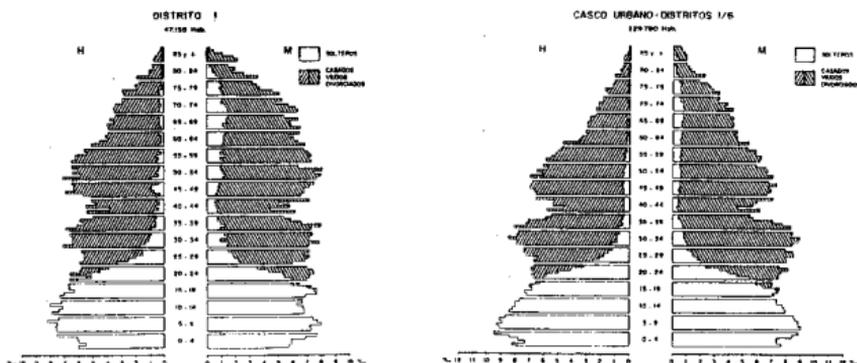


Fig. 1. Pirámides de edad del casco urbano y del distrito I.

social y el nivel económico de la población; ha retrocedido en las áreas residenciales de clases altas y en las de empleados y obreros, en las subpoblaciones envejecidas y en las más jóvenes, lo que no significa en modo alguno que el comportamiento demográfico de todas ellas se haya equiparado. Las diferencias persisten porque los niveles de natalidad anteriores eran también disímiles.

Pero lo dicho hasta ahora es tan sólo una aproximación a los contrastes espaciales en el grado de envejecimiento que manifiestan las estructuras por edad. Ni los distritos constituyen espacios de constante homogeneidad interna, ni la contraposición entre espacios centrales y espacios periféricos se resuelve en la existencia de dos únicas subpoblaciones.

Así lo evidencia el que, independientemente de lo azaroso de su distribución por edades, producto de su escaso volumen demográfico, sea posible reconocer en el distrito II (Cimadevilla) un grado de envejecimiento aparentemente más grave que el que aqueja a los restantes distritos centrales. Y de forma similar, que el distrito VI, por su llamativa escasez de adultos jóvenes, se aleje del patrón familiar con que se ha querido caracterizar a los demás espacios periféricos. Por su parte, la ausencia de homogeneidad interna es generalizable a todos los distritos, pero resulta patente en el variado y extenso distrito III, cuya pirámide es casi idéntica a la del conjunto del casco urbano, prueba de que la heterogeneidad aducida para este último es también válida para aquél.

Es preciso, pues, agrandar la escala de análisis para obtener una visión más ajustada de la realidad demográfica. A una escala mayor, la de sección censal, se confirman y al mismo tiempo se matizan los rasgos generales ya expuestos; de una parte, persiste el modelo concéntrico en la gradación del envejecimiento de las estructuras por edad, modelo que se enriquece con la intercalación de una aureola que atenúa el contacto espacial directo entre la juventud de los barrios periféricos y el envejecimiento del centro urbano. De otra parte, ese reparto concéntrico no impide la existencia de cierta heterogeneidad en cada una de las aureolas, especialmente en la más externa, que es también la más extensa. Por expresarlo siguiendo una vez más los términos descripti-

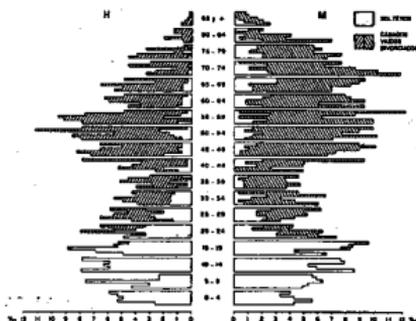
vos al uso, el grado de envejecimiento tiene también, aunque de manera secundaria, una distribución en forma de mosaico.

Ambos patrones, concéntrico y en forma de mosaico, mantienen una conexión evidente, por las razones ya expuestas, con la edad del hábitat y con las grandes fases de ocupación del plano. Pero a esta escala subsisten todavía de forma localizada algunos interrogantes acerca de la aplicación general de ese enlace, por lo que su confirmación última exige una nueva ampliación de la escala. El mapa que representa las edades dominantes de la población que ocupa cada manzana viene a ser de esta manera una síntesis de los contrastes espaciales en las estructuras por edad, y una confirmación completa de las razones aducidas para su esclarecimiento.

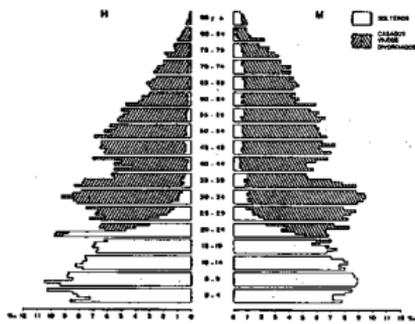
Los mapas que representan el peso que adquieren los tres grandes grupos de edad (jóvenes, adultos entre 20 y 59 años y viejos) en cada sección censal revelan en primer lugar que el sector central de elevado envejecimiento, si bien desborda el casco histórico de Cimadevilla, no abarca al completo la ciudad preindustrial. Pudiera no parecer así de observar únicamente la llamativa ausencia de jóvenes que aqueja al conjunto de ésta e incluso a las porciones limítrofes con ella del ensanche y de las antiguas parcelaciones dispuestas en arco al SO. y al S. (zona del Humedal-Puerta de la Villa, Fumeru, Llano de Abajo y el comienzo de la subida a Ceares), pero en todas éstas y en los bordes externos de la ciudad preindustrial dicha escasez se compensa con una presencia de los adultos que se mueve entre el 50 y el 55% del total de sus habitantes de hecho, y con un peso de los mayores de 60 años que aunque localmente fuerte, no alcanza casi nunca a superar el 25%, valor que sin embargo es sobrepasado casi sin excepciones en el centro envejecido; queda así definida en torno a éste una corona intermedia, de envejecimiento indudable aunque en cierto modo atenuado.

Aún podría completarse y matizarse el contenido de esta aureola intermedia con el tramo medio del ensanche, el costero pero sobre todo el interior, con buena parte de El Real y con el extremo E. del barrio obrero de El Natahoyo, su núcleo germinal y más antiguo, zonas todas éstas que aun no estando escasas de jóvenes (muchas veces superiores al 30%),

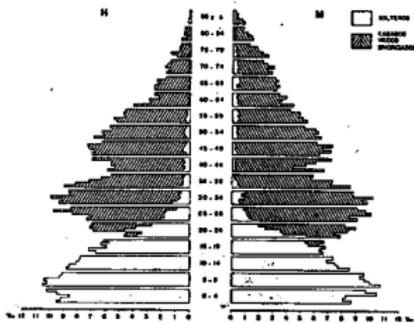
DISTRITO 2
3.028 hab.



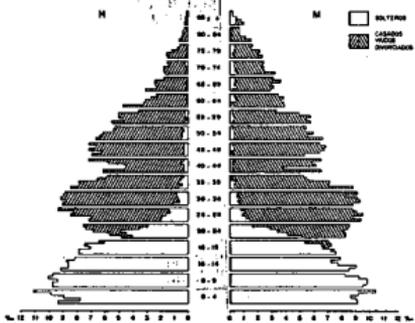
DISTRITO 3
63.280 hab.



DISTRITO 4
90.418 hab.



DISTRITO 5
38.774 hab.



DISTRITO 6
87.430 hab.

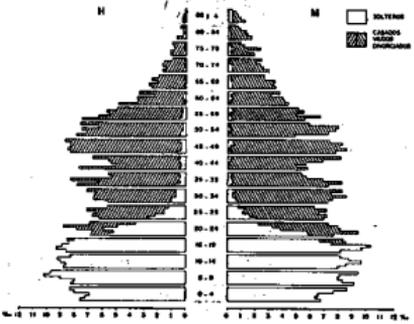


Fig. 2. Pirámides de edad de los distritos II a VI.

cuentan casi siempre con un peso del grupo viejo que apenas vuelve a igualarse en otros lugares más externos del casco urbano.

La tercera y última corona en que se distribuye la gradación espacial del envejecimiento es perfectamente visible en el mapa que expresa la proporción de los mayores de 60 años. Discurre casi sin interrupciones de E. a O. abarcando el extremo exterior del ensanche, la zona del Parque y parte de Viesques, El Coto casi al completo, la parte alta de Ceares, los Llanos del Medio y de Arriba, Contrucees y los diversos barrios de Pumarín, así como los de El Natahoyo y La Calzada. La gama de valores que adopta el grupo viejo en esta aureola (entre el 2,6 y el 16%) podría dar lugar a matizaciones, pero de mucha mayor relevancia para el estudio de su heterogeneidad interna son los porcentajes de jóvenes y de adultos con que cuentan sus diversas poblaciones.

Son ambos, jóvenes y adultos, los grupos de edad cuya importancia define a estos espacios periféricos, pero ello no obsta para que la distribución de sus respectivos máximos introduzca cierta diferenciación interna que adopta la forma de mosaico. Es evidente así la identidad de las áreas que más arriba se han definido como de crecimiento muy intenso (Parque-Viesques y Polígono de Pumarín) y de aquellas secciones cuyas familias son de formación reciente y cuentan por tanto con un nutrido grupo joven, superior al 37% del total de sus poblaciones. Una ocupación *ex novo* cercana en el tiempo puede aducirse también como causa de la juventud extrema del borde del ensanche, del remate S. del barrio de Contrucees, de los sectores remodelados de los barrios de La Calzada y de El Cerrillo.

Los adultos por su parte deberían ser en principio más ubicuos, puesto que constituyen el componente esencial de una gama amplia de familias situadas en diversas fases evolutivas. Pero además de escasear relativamente en las dos orlas anteriores se distribuyen de forma peculiar en esta tercera y más externa. Una serie de hechos confluyentes contribuye a esclarecer en cierto modo esta peculiaridad; de una parte, su fuerte presencia en los barrios netamente obreros o a lo sumo de jóvenes clases medias; de otra, el elevado índice de masculinidad que caracteriza a este grupo de edad en toda la periferia del casco urbano, pero sólo en ella y especialmente en los barrios que acaban de mencionarse (véase la lámina II. 4) y en tercer lugar la procedencia mayoritariamente foránea de quienes allí residen. Todo confluye en identificar a este grupo de edad periférico con la población activa absorbida a lo largo de los últimos años por el sistema productivo gijonés, en especial por el entramado fabril, a cuyo remolque crece el sector terciario. Así pues, esa condición de mano de obra real o potencial en razón de la edad y del sexo se relaciona con su posición social de asalariados dependientes en la jerarquía de la organización del trabajo. Y todo ello parece tener consecuencias en la estructura familiar.

Esa componente explicativa relacionada con la categoría socioprofesional parece restar peso a la dimensión histórica derivada de las distintas fases de construcción y ocupación de la ciudad, aunque ésta pueda aducirse también para dar cuenta de la singular distribución espacial de este grupo de edad, y así el foco mejor definido y más extenso de abundancia de adultos coincide a grandes rasgos, aunque no de forma completa, con las partes primeramente ocupadas de los barrios de Pumarín.

Como resumen de los trazos generales expuestos, véanse en el mapa que representa el índice de vejez

las tres aureolas mencionadas. La mayor parte de la ciudad preindustrial y una pequeñísima porción del ensanche en torno a la plaza de San Miguel, es decir, lo que hoy es el centro terciario de la ciudad, tiene como mínimo tantos viejos como jóvenes (índice de vejez 1, 0), aunque lo normal es que el exceso de los primeros sobre los segundos supere ampliamente esa proporción, llegando a alcanzar el 63%. Las remodelaciones masivas, ya señaladas con ocasión de las densidades, confieren un envejecimiento algo más atenuado al extremo occidental de Cimadevilla y al SO. de la ciudad vieja, áreas que pueden incluirse en la orla contigua y siguiente.

Esta constituye una franja bastante continua compuesta por aquellas secciones cuyo índice de vejez sobrepasa el umbral crítico a partir del cual se considera a una población netamente envejecida, umbral situado en los 45 viejos por cada 100 jóvenes, llegando por el otro extremo al índice 1, 0; la cierta heterogeneidad ya expresada permite desdoblar esta aureola en dos partes: las secciones más envejecidas contornean el centro, con la excepción de sendas porciones del Humedal y de la Puerta de la Villa, mientras que las que cuentan entre 45 y 60 viejos por cada 100 jóvenes caracterizan al engrosamiento de esta aureola en los sectores de clases medias, hacia el E. y SE., sin olvidar el germen inicial del barrio de El Natahoyo-Santa Olaya, al otro extremo de la ciudad.

Por último, la ausencia casi completa de envejecimiento recorre el borde externo del caso urbano, con índices de vejez inferiores a 0,45. Así y todo, se advierten ciertas excepciones, que junto con otros aspectos de detalle serán apreciados en su justa dimensión y en sus causas a través de la observación del mapa que representa las edades dominantes de la población contenida en las 737 manzanas censales del casco urbano gijonés.

Por lo que se refiere a esta lámina II. 3, síntesis de las precedentes, es preciso mencionar las precauciones metodológicas que han debido ser tomadas para abordar una escala de análisis tan grande, o lo que es igual, unos efectivos humanos tan reducidos; así, a fin de obviar la aleatoriedad presente en el tratamiento de la información por manzanas, y al mismo tiempo conservar en lo posible la riqueza inicial de ésta, los cálculos para cada unidad espacial se han limitado a la obtención del porcentaje de cada uno de los tres grandes grupos de edad. Su comparación con los que caracterizan al conjunto del casco urbano, que sirve de población-tipo, permite definir en cada caso un grupo de edad dominante, y eventualmente un segundo e incluso un tercero, subdominantes, designados con las letras J, A y V. Diez son las posibilidades tipológicas que resultan, ordenadas en la gradación de su juventud o envejecimiento desde el predominio absoluto de los jóvenes al predominio absoluto de los viejos, pasando por situaciones intermedias cuyo eje es la identidad de estructura con la población-tipo, definida como JAV, es decir, una estructura con una presencia de cada grupo en torno al 31,9% para los jóvenes, un 54,2% de adultos y un 13,9% de viejos (BEAUJEU-GARNIER, 1967).

Tras las descripciones y observaciones hechas con anterioridad a la escala de las secciones censales, no procede insistir, a propósito del mapa de las edades dominantes por manzanas, en el nítido modelo de distribución concéntrica del envejecimiento ya establecido y que también es visible a esta escala, modelo que es hasta cierto punto un lugar común, tras los numerosos y repetitivos estudios de ecología

factorial urbana efectuados por doquier en las décadas precedentes.

Es más interesante, por el contrario, resaltar las excepciones más llamativas a ese modelo formal, porque a través de ellas pueden confirmarse en detalle las razones aducidas para explicar la correspondencia entre la edad del hábitat y la de los ocupantes de esas viviendas.

Resulta así útil comprobar que, aunque las avalanchas constructiva y demográfica ocurridas en la periferia a lo largo de las últimas dos décadas lo hayan desdibujado a escala de sección, existen enclaves de población envejecida allí donde no ha sido sustituido el caserío degradado de las parcelaciones cuya larga fase de ocupación comienza a principios de siglo, por lo que ese permanece largo tiempo fuera del funcionamiento reciente del mercado inmobiliario.

La invasión remodeladora es evidente en el Llano de Arriba, donde persisten manzanas netamente envejecidas, desde el punto de vista morfológico y demográfico, al lado de otras recién ocupadas por familias en las que predominan los jóvenes. En las parcelaciones de Munilla y del Llano del Medio la remodelación ha sido casi total, no quedando apenas otra herencia de ese mecanismo de producción de suelo que la peculiar morfología del plano. No sucede así en Cuatro Caminos y La Calzada, barrios que conservan en torno a la carretera de Avilés, la razón de su origen, buena parte de los caracteres morfológicos originales, y con ellos la consiguiente población envejecida.

Pero no son éstas las únicas excepciones a la juventud de la periferia, porque tampoco ha sido exclusiva de las primeras décadas del siglo la construcción en las áreas periurbanas de viviendas para los estratos sociales menos favorecidos. De la década de 1950 data la ocupación de los bloques destinados a empleados municipales de La Tejerona, en el alto de Ceares; de finales de los años 50 y comienzos de los 60 son "las 1.500" (viviendas) del I. N. V., y algo posteriores las de promoción privada dispuestas en las manzanas aleñañas, conocidas todas en los años de su ocupación por el significativo nombre de "Ciudad satélite de Pumarín". Obvio es decir que la escasa rotación en el mercado inmobiliario de unas y otras viviendas ha conducido al envejecimiento de sus ocupantes. Esto mismo sucede en El Natahoyo con el grupo de viviendas "Francisco Franco", construido en los años 50 por la Obra Sindical del Hogar.

Aunque su significado social sea opuesto, otro tanto cabe decir de un sector de viviendas unifamiliares en Viesques, constreñidas ahora entre las nuevas urbanizaciones que avanzan desde el E. y desde el barrio de El Coto.

Así como a esta escala es posible reconocer en la periferia la huella que han dejado las ocupaciones más antiguas del plano en la estructura demográfica, debe también indagarse acerca de las consecuencias demográficas que haya podido ejercer la remodelación del centro urbano. Sorprendentemente, incluso en aquellos lugares donde se ha producido una sustitución completa o casi total del caserío envejecido y no sólo de algunos edificios, como en las manzanas señaladas entre las calles Alvarez Garaya y Donato Argüelles, o como en la plaza de San Miguel o las manzanas construidas sobre el emplazamiento de la antigua fábrica de vidrios en torno a la calle Alfredo Truhán, tal marea remodeladora no ha conducido a una transformación radical de la estructura por edad, de forma que los viejos siguen consti-

tuyendo el grupo de edad dominante, y tampoco varía la composición socioprofesional. Todo parece indicar que la población afectada ha encontrado acomodo en el mismo lugar. En pocas ocasiones aparece como dominante secundaria al grupo adulto, tras los omnipresentes viejos (tipo de población VA). Y en contados casos también, la modificación revela la coexistencia en una misma manzana de familias disímiles, con una dominante principal vieja y una secundaria joven (tipo VJ, visible en el ángulo de la dársena y sobre todo a lo largo de la calle San Bernardo).

Esta última situación es también frecuente en el ensanche interior y la zona de Los Campos, por oposición al resto de la aureola intermedia, que en su mayor parte cuenta, además de con manzanas nítidamente envejecidas, con otras donde las familias manifiestan un grado de envejecimiento algo menor, combinándose los adultos y los viejos.

Mención especial merece el ensanche costero, al N. de la calle Ezcúrdia, área bastante extensa cuya estructura por edad resulta similar a la del casco urbano considerado globalmente.

2. UN COMPORTAMIENTO DEMOGRÁFICO DISPAR

Dado el carácter abierto de las poblaciones urbanas, fruto de abundantes intercambios demográficos con las áreas sometidas a su atracción, la responsabilidad mayor de sus rasgos estructurales por edad debe atribuirse a las corrientes migratorias, y con mucha más razón si se trabaja a escala intraurbana. El papel que en esa diferenciación le corresponde al movimiento natural es pues escaso, y éste adquiere más bien el carácter de indicador de la composición social de las poblaciones analizadas, aspecto para cuyo conocimiento no faltan indicadores tanto o más adecuados que éste.

Con lo dicho antes se justifica de forma suficiente la renuncia a explotar y analizar el Registro Civil, pero aún hay otra razón de peso. A una escala intraurbana y con las secciones censales como unidad básica de análisis, dicha explotación apenas arrojaría otro resultado que no estuviese mediatizado por la composición por edad de la población que el conocimiento de la fecundidad, componente del movimiento natural que por otra parte admite un tratamiento indirecto. Así pues, el comportamiento biológico de las poblaciones intraurbanas no constituye una cuestión central e imprescindible en este análisis, lo que no quiere decir que carezca de cierto interés.

La aproximación será por tanto indirecta y somera, y puesto que la reproducción de las poblaciones es el elemento del movimiento natural que a largo o medio plazo ejerce mayor influencia sobre la composición por edad y la estructura familiar, y por añadidura el que admite un control voluntario más efectivo, parece lógico centrarse en él de manera exclusiva. Merecerá así una atención detallada el ritmo diferente, tanto en el espacio como entre los distintos estratos sociales, de la constitución de nuevas familias, es decir, la disminución de los solteros de uno y otro sexo a medida que avanza la edad; ya a escala de distrito, la proporción en que se encuentran los menores de 5 años y las mujeres en edad de procrear arrojará cierta luz sobre la fecundidad de los últimos años.

Por lo que respecta al peso de los solteros de cada sexo sobre el conjunto de sus respectivos efectivos quinquenales, es evidente que hay varios rasgos bá-

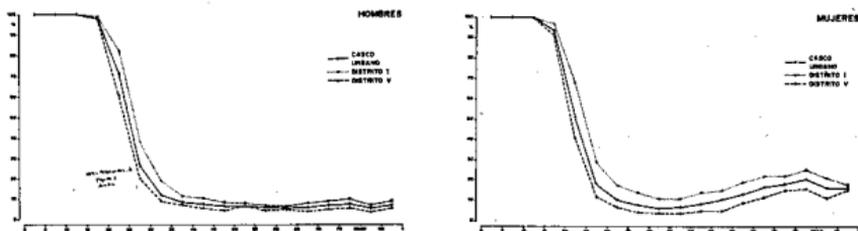


Fig. 3. Similitudes y diferencias en la nupcialidad de las subpoblaciones urbanas. Proporción de solteros presentes en cada tramo de edad.

sicos comunes a todos los espacios intraurbanos. Las curvas correspondientes a la población global, a la del distrito I en representación de las clases medias-altas y a la del distrito V en representación de los barrios obreros ofrecen siempre el mismo patrón: el abandono de la soltería se efectúa en ambos sexos entre los 20 y los 30 años, si bien de forma más rápida y ligeramente más precoz por parte de las mujeres, como es lo habitual (Fig. 3).

A partir de los 40 años, ya quedan en la ciudad muy pocos hombres solteros, alrededor de la décima parte de los efectivos de cada tramo, mientras que en las mujeres se advierte que la nupcialidad ha sido proporcionalmente más elevada para las nacidas en la década de 1940 y casadas en los 60 que para las de edad más avanzada. Estas últimas en conjunto, y no sólo las que tenían alrededor de 30 años al estallar la guerra civil (tramo de 75 a 80 años), mantienen en mayor medida la situación de solteras, lo que puede guardar relación tanto con el índice de masculinidad de los inmigrados más antiguos como con el carácter de las ocupaciones económicas que aguardaban entonces a las mujeres en las ciudades.

Pero aunque el ritmo general sea similar, la intensidad no lo es; una vez más, la consideración global del casco urbano se revela una entelequia, habida cuenta de las diferencias que manifiestan las subpoblaciones intraurbanas. Hombres y mujeres, los que se casan ahora como los que lo hicieron antes, se deciden a formar familias con más rapidez y en mayor número en los barrios obreros de aluvión que en los centrales de más elevado status. De esta forma, entre los 30 y los 35 años de edad, sólo el 62% de los hombres del distrito I habían dejado de ser solteros, frente a un 80% en el distrito V; y de igual manera, el 71% de las mujeres del primero ya estaban casadas (o viudas) por oposición al 88% del segundo.

A fin de detallar con mayor precisión este contraste espacial y social en el comportamiento frente a la nupcialidad, que mediatiza también el relativo a la fecundidad, se ha elaborado un mapa por secciones que expresa el grado de soltería de los adultos jóvenes, es decir, de aquellas personas en edad más probable de formar nuevas familias. Su lectura requiere tener en cuenta al menos dos aspectos básicos, uno de ellos ya mencionado, el de la composición por edad de la población, y otro que rebasa los límites de este artículo, el relativo al grado de inserción de los jóvenes y adultos jóvenes en el mercado laboral.

En la ciudad preindustrial y segunda corona de

envejecimiento, coincidentes casi al completo con los espacios de clases altas y medias, los adultos jóvenes son por lo general los últimos hijos de familias bastante envejecidas, y se hallan todavía en buena medida en una situación económica dependiente, sobre todo en los tramos inferiores del grupo. El hecho de que entre la mitad y las tres cuartas partes de ellos no hayan contraído matrimonio ni se hayan emancipado (la correlación entre ambos fenómenos no es completa), se debe sin duda a que ésta es también la edad en que han de adquirir la instrucción educativa que les permita al menos reproducir la situación social de sus progenitores.

Otros espacios de elevada soltería entre los adultos jóvenes se localizan en Pumarín y Contruaces, en el sector central de la aureola externa. El caso último es de difícil explicación, y el primero, centrado en torno a "las 1.500" pudiera quizá guardar relación con lo temprano de la ocupación de este fragmento del barrio, por lo que sus familias se asemejan en este sentido a las de la segunda corona de envejecimiento. De cualquier manera, está claro que en ambos espacios estos adultos contribuyen a agudizar las tasas de desempleo particularmente elevadas que manifiestan sus respectivas poblaciones en edad laboral.

En los demás barrios periféricos, los adultos en edad probable de formar nuevas familias han hecho cierta esa posibilidad en mayor medida que en los espacios antes mencionados, pues como mínimo el 70% de sus efectivos en cada sección ha contraído ya matrimonio. En los barrios ocupados por obreros y empleados, contribuyen a ello la menor duración del período de cualificación profesional o de instrucción, y el consiguiente inicio temprano en las actividades laborales. Además, y esto es general a todas las áreas periféricas, incluidas las de clases medias-altas del extremo oriental de la ciudad, la juventud de su población no significa sino que una buena parte de sus familias tienen por miembros nucleares a personas comprendidas en estas edades. Son las nuevas familias inmigradas o trasladadas desde otros lugares de la ciudad hacia las áreas en construcción o recientemente edificadas.

Así pues, la distribución espacial observada traduce tanto el ciclo vital de las familias como la edad en que se comienza normalmente a trabajar en cada estrato social, diferente según el bagaje educativo que en cada caso se logra adquirir. Un comportamiento socialmente contrastado frente a la nupcialidad que aún puede alcanzar niveles generales más bajos, sobre todo en los barrios obreros, a medida que las nuevas generaciones en edad laboral se

enfrenten al desempleo juvenil galopante que aqueja a la ciudad, hecho del que pudiera ser un indicio lo señalado para Contrueces y Pumarín.

A la vista de los contrastes mencionados más arriba, no debe de extrañar que el comportamiento frente a la natalidad manifieste también ostensibles diferencias socioespaciales, puesto que se trata de dos fenómenos íntimamente conectados por relaciones directas de causalidad, y además hundien ambos sus raíces causales mediatas en condicionantes comunes de carácter más general; las connotaciones sociológicas de éstos y las discusiones acerca de cuáles de entre ellos ejercen la preeminencia aconsejan no extenderse más sobre este asunto.

Durante el quinquenio 1976-1980 el descenso de los nacimientos constituye un rasgo común a todas las áreas del país, independientemente de su situación económica concreta (MIGUEL, 1980; AGÜERO, 1980); por añadidura, parece ser también generalizable a todos los estratos sociales, como lo corrobora el aspecto de las bases de las pirámides gijonesas que se han analizado anteriormente. Por ello está claro que no debe hacerse recaer la responsabilidad única del reciente retroceso de la natalidad gijonesa, ni tampoco de la del conjunto de Asturias, en el declive de sus respectivos entramados industriales y el consiguiente aumento del desempleo.

Cualesquiera que sean las causas, la fecundidad de las mujeres gijonesas se advierte bastante reducida en ese período; en el conjunto del casco urbano apenas hay 37 niños menores de cinco años por cada 100 mujeres en edad de procrear, proporción que desciende a 27,5 en Cimadevilla, a 31,3 en el distrito I y a 33,3 en el distrito VI (que por tanto se aleja una vez más del comportamiento seguido por los restantes distritos obreros de la periferia del casco urbano). La heterogeneidad del distrito III le sitúa de nuevo en torno a los valores del conjunto urbano (36,8), y los barrios de inmigración reciente sobrepasan esa cifra, aunque de manera no demasiado cuantiosa: en el distrito IV hay 39,8 niños de 0 a 4 años de edad por cada 100 mujeres de 15 a 44, y esa misma proporción es de 40,5 en el distrito V.

III. LA GRADACION ESPACIAL DEL ENVEJECIMIENTO: LAS ESTRUCTURAS FAMILIARES

Como ya se ha señalado, el grado de envejecimiento de una población se advierte en más de un aspecto, a pesar de que el estudio de su estructura por edad sea el que con mayor frecuencia merece la atención. El envejecimiento o la juventud lo son tanto de las personas como de los núcleos familiares, de ahí que sea factible conocer el grado de organización o deterioro de las estructuras demográficas *sensu lato* de una forma igualmente válida, si no más viva y directa, a través del ciclo vital en que se encuentran las familias residentes en las distintas partes de la ciudad.

Ahora bien, el conocimiento de este aspecto presenta varias dificultades; la primera y básica radica en el propio concepto censal de familia, que por amplio e inconcreto ca cabida en ocasiones a "núcleos familiares" muy alejados de lo que comúnmente se entiende por tales. Pero prescindiendo incluso de este primer contratiempo, no menor dificultad reviste el análisis de los verdaderos núcleos familiares, en virtud de la vasta gama de composiciones posibles, lo que en consecuencia reclamaría un tratamiento sumamente minucioso.

Por ello se ha optado por considerar como infor-

mación básica de este apartado el número de miembros que componen las familias, en el entendimiento de que a cada tramo corresponden escasas combinaciones que alcancen una frecuencia significativa; además, el carácter de dichas combinaciones se deduce parcialmente del conocimiento que proporcionan los restantes eslabones que componen el análisis del envejecimiento entendido en sentido amplio. Por último, a esa información básica se añade otra de carácter cualitativo, consistente en calibrar la importancia que alcanzan los cabezas de familia mayores de 65 años y las mujeres que encabezan sus respectivas familias, información que sólo de manera parcial es redundante entre sí y con otros aspectos ya tratados.

Las casi 71.000 familias en que se distribuye la población del casco urbano constan por término medio de 3,19 personas, aunque la presencia más frecuente corresponde a las familias de tamaño reducido, de tan sólo dos miembros, que representan una cuarta parte del número total de familias. Pero como no podía ser de otra forma, dado el proceso inmigratorio que recientemente ha experimentado la ciudad, casi la mitad del total de las familias, un 45,9%, cuenta con 3 ó 4 componentes. A los demás tramos corresponden por lo tanto frecuencias casi residuales, siendo de un 16% la de las familias de 5 y más miembros (tramo en el que se incluyen muchos de los núcleos familiares atípicos, lo que unido a lo aleatorio de su distribución espacial mengua considerablemente su interés), y de un 11,3% las familias formadas por solitarios. Estos últimos vienen a coincidir casi por completo, numérica y espacialmente, con las familias encabezadas por viejos mayores de 65 años y por mujeres, aunque tanto unas como otras son algo más frecuentes que las formadas por una sola persona (18,6% y 17,8% respectivamente), lo que permite matizaciones de interés.

Puesto que tanto la información de carácter cualitativo como la cuantitativa traducen de forma bastante fiel el ciclo vital de las familias, las pautas para su exposición se harán coincidir con el modelo de distribución ya expuesto para el envejecimiento de las estructuras por edad. Las causas que explicaban éste son también válidas para el fenómeno que ha de ser tratado ahora, si bien es forzoso mencionar que la distribución y la existencia de familias encabezadas por mujeres obedecen en parte a causas distintas a las del envejecimiento *sensu lato*. No sólo la viudedad obliga a las mujeres a tomar a su cargo una familia; también la independencia económica les permite alejarse del modelo familiar tradicional.

En la ciudad preindustrial casi al completo, o *primera corona de envejecimiento*, sobreabundán más que en ningún otro lugar las familias en fase terminal; los elevados índices de envejecimiento ya observados se concretan en una fuerte presencia de familias de solitarios, personas mayores de 65 años y mujeres con preferencia. Sin embargo, aún es más frecuente que la soledad se encuentre paliada por la presencia de otra persona, sin que por ello se reduzca el envejecimiento. No todo son, sin embargo, casos extremos; aunque de manera muy inferior al resto de la ciudad, la existencia de familias en ciclos menos avanzados, las que cuentan con 3 y 4 miembros y corresponden a los atraídos por la remodelación del barrio, oscila en ambos tramos entre un 12 y alrededor de un 20% del total de las familias que allí residen.

En la *aureola de envejecimiento intermedio* la situación en que se encuentran las familias es mucho

más ambigua. Los rasgos que quizá definan mejor al conjunto de esta franja, más amplia hacia el E. y el SE. que en la dirección opuesta, son por una parte los valores medios-bajos alcanzados por las familias que podrían considerarse normales, las familias nucleares compuestas por 3 ó 4 personas; en general, ambos tipos de familias son aquí sólo un poco más escasos de lo que es común en el conjunto de la ciudad, salvo en los barrios de El Tejedor-Los Campos y la parte media del ensanche, donde lo exceden ligeramente, y en el Llano de Abajo, donde la abundancia de familias con 3 miembros asimila este barrio a la aureola periférica. Otra característica común a esta corona intermedia es el elevado número de familias a cuyo frente se encuentra una mujer, aspecto éste que junto con la presencia de solitarios también superior al promedio de la ciudad tiene en algunos lugares de esta aureola intermedia un significado diferente del que adquiere en el centro envejecido. Así, para aquellos lugares como el tramo medio del ensanche y zonas adyacentes al SE. (ads-critas en el apartado anterior a la tercera aureola), en los que tanto los índices de vejez como las familias encabezadas por viejos tienen valores atenuados pero que al mismo tiempo cuentan con un volumen de familias compuestas por solitarios o regidas por mujeres similar al de otras zonas de estructura demográfica más deteriorada, es obligado pensar que la inserción comparativamente elevada de las mujeres en el mercado laboral que caracteriza al conjunto de estas áreas de clases medias y altas permite a las mujeres romper con más frecuencia las ataduras familiares tradicionales. Por ello, este es el espacio residencial de Gijón que presumiblemente cuenta con una composición familiar más variada y compleja: desde familias en fase evolutiva avanzada a familias convencionales, pasando por solitarios jóvenes de ambos sexos y familias más amplias bajo la responsabilidad de una mujer.

Por lo demás, en el resto de esta segunda franja los puntos de afinidad con la primera o área central son evidentes: hacia el centro de la misma se observa idéntica coincidencia espacial entre altos índices de vejez, una soledad elevada y abundantes familias bajo la responsabilidad de un viejo o de una mujer; cambia, y sólo de manera ligera, la intensidad, que es algo menor.

También resulta afín el predominio relativo de las familias de soledad atenuada, es decir, compuestas por dos personas, si bien la ambigüedad en la composición real de este tramo familiar obliga a no realizar comparaciones lineales; dicha composición puede corresponder a familias en las que ya sólo restan los progenitores, una vez emancipados los hijos, a parejas jóvenes todavía sin descendencia y aún a otras composiciones menos convencionales que se encuentran cada vez con mayor frecuencia entre estas clases acomodadas.

Por lo que respecta a la *tercera aureola*, así como la escasa presencia de viejos constituía el rasgo común a toda ella, pudiéndose diferenciar matices en la estructura por edad a partir de la representación alcanzada por los restantes grupos, en las estructuras familiares el rasgo más descollante y compartido consiste en una organización familiar de células más extensas que en ningún otro lugar de la ciudad, a cuyo frente se encuentra de forma mayoritaria un hombre en edad laboral. No obstante, y aunque escasa, la existencia de familias centradas en torno a una mujer o un viejo y de familias más reducidas que las normales en esta orla, confiere cierta peculiaridad a determinados sectores de la periferia.

La distribución de las familias compuestas por 3 y 4 personas adquiere aquí la apariencia de un damento, pero pueden destacarse dos hechos importantes: de una parte sus valores casi siempre superiores al promedio de la ciudad, de otra, su basculamiento hacia el O. y SO. del casco urbano, con el centro de gravedad situado en el Llano del Medio y Polígono de Pumarín, de forma que su relativa escasez en el sector SE. del mismo da lugar a una mayor heterogeneidad familiar, en parte ya mencionada; llamativamente, el sector denominado Parque-Viesques cuenta casi en exclusiva con familias de tamaño superior a 4 personas.

El carácter mayoritariamente masculino y adulto de los cabezas de familia residentes en esta franja se desprende de la representación inferior al promedio que aquí alcanzan casi sin excepciones las familias que cuentan con una mujer o un viejo a su frente. Este tipo de familias, sin embargo, junto con las de solitarios, constituyen una porción no desdeñable de las células familiares de El Coto y de Ceares al E., del Llano de Arriba y el sector más antiguo de Pumarín en el centro, y también del sector central de La Calzada al O. áreas casi todas ellas que en la lámina II.4 (envejecimiento por manzanas) desvelaban un grado de deterioro de las estructuras por edad hasta entonces enmascarado y que el análisis de los responsables de cada familia, en lugar del total de sus componentes, revela de nuevo.

Como resumen de lo dicho acerca de esta tercera franja, tanto desde el punto de vista de las estructuras por edad como de la composición familiar, puede afirmarse que es aquí donde no sólo se acumula en mayor medida el capital humano logrado por efecto de la sucesión gijonesa llevada a cabo en las últimas décadas, sino también donde se localizan los más extensos espacios de reproducción de esa fuerza de trabajo.

IV. SEGMENTACION DE LAS FAMILIAS SEGUN EL ORIGEN DE LOS INGRESOS FAMILIARES

El mutismo total de nuestros censos acerca de la cuantía de los ingresos obtenidos por las células económicas elementales en que se agrupa la población, es decir, las familias, obliga a idear aproximaciones indirectas al conocimiento de este punto básico, que resulta ser en última instancia el mecanismo responsable de las distancias observadas en los contenidos sociales de cualquier espacio residencial urbano inscrito en una economía capitalista.

La segmentación de las familias en su acceso al consumo de bienes y servicios en general y al de la vivienda en concreto, producto éste cuyo disfrute tiene la particularidad de proporcionar una plasmación espacial tangible e inteligible de dichas diferencias, puede ser abordada, aunque con limitaciones obvias, a través de la observación del número y del carácter de aquellas personas que aportan ingresos a cada una de las familias. Se distinguen así los perceptores de rentas del trabajo de los que reciben transferencias sociales o rentas del capital, éstos últimos muy escasos, y se clasifica a las familias según su dependencia exclusiva de uno u otro tipo de ingresos, así como de las distintas combinaciones de ambas.

El desconocimiento de la cuantía de los ingresos familiares tiene de esta forma su paliativo y sus contrapartidas; la de no menor importancia radica en la posibilidad de rastrear el peso que la estructura por edad de los perceptores ejerce sobre la posición

económica de cada familia, ahora que se pretende añadir a la división tradicional en clases sociales la derivada del ciclo vital de las personas, identificándose así las clases de ancianos y de jóvenes, por ejemplo. También es factible obtener una idea más precisa de la que es habitual acerca de la dependencia económica en que se encuentra la llamada población complementaria con respecto a la que aporta ingresos a la célula familiar, distinguiendo en esta última la propiamente activa de la que no ejerce actividades productivas, puesto que la consideración de ésta introduce sensibles diferencias en relación a las tasas de dependencia habituales. De la misma manera, el cómputo de los activos con que cuenta cada familia contribuye a aclarar en cierta medida la importancia familiar del trabajo femenino, tan estrechamente relacionado con la posición social en que se encuentran las familias.

Bien es cierto, sin embargo, que este método sustitutorio manifiesta una grave limitación al aglutinar de forma indiferenciada todas las jerarquías de pensionistas y de activos; con el fin de paliarla, sería preciso conocer también la distribución espacial de las categorías socioprofesionales, esto es, la posición jerárquica en la división social del trabajo, y establecer así una segmentación aproximada de los ingresos salariales.

1. METODO DE ANALISIS Y RESULTADOS GLOBALES

El procedimiento no consiste sino en contabilizar, para cada familia, el número de miembros pertenecientes a cada una de las cuatro categorías en que puede dividirse la población según su grado de inserción en el mercado laboral; éstas se corresponden con:

- la población económicamente dependiente: estudiantes, amas de casa, soldados, menores no escolarizados, religiosos, etc.
- los desempleados, tanto si buscan su primer empleo como si han trabajado con anterioridad.
- los pensionistas y rentistas, estos últimos sumamente escasos.
- los activos.

De ellas, sólo en las dos últimas existe la certeza acerca de la obtención de unos ingresos, aunque en el caso de los activos que prestan una ayuda al negocio familiar esta certeza sea menor, en tanto que en las dos primeras categorías la aportación de ingresos al núcleo económico familiar es teóricamente nula, salvo para una pequeña fracción de los parados, aquéllos que perciben un seguro de desempleo.

Debe señalarse también que ha sido considerada la población total de las familias, incluyendo los ausentes, y ello a fin de evitar la eventual exclusión de relaciones económicas de dependencia localmente significativas e importantes en la ciudad, como la de aquellos activos ausentes por razones profesionales (marinos y empleados de montajes, por ejemplo), y la de aquellos miembros inactivos que se encuentran alejados de sus familias, estudiantes en buena medida. En ambos casos, la ausencia no implica la ruptura de los lazos económicos.

Tratándose pues de la población global, el número de núcleos familiares observados en este apartado es ligeramente superior al considerado en el pre-

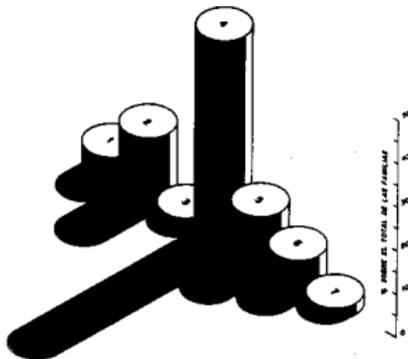


Fig. 4. Origen de los ingresos familiares. Casco urbano. 1. Familias sin perceptores. 2. Familias con un pensionista. 3. Familias con dos pensionistas. 4. Familias con un activo. 5. Familias con más de un activo. 6. Familias con un activo y uno o más pensionistas. 7. Familias con más de un activo y uno o más pensionistas.

cedente, exceso que sin embargo no alcanza a representar un 1% sobre el total de las "familias de hecho".

Las posibles combinaciones que podrían encontrarse con respecto al origen de los ingresos familiares han sido reducidas a siete, encuadradas en tres grupos de una cierta homogeneidad interna. El primero abarca a todas aquellas familias que de forma teórica dependen de los menores ingresos, como son las que carecen de activos o pensionistas/rentistas, las que cuentan sólo con una pensión y las que disponiendo de dos pensiones carecen, al igual que las anteriores, de miembros que perciban rentas del trabajo.

El segundo grupo comprende tan sólo a las familias que tienen por únicos ingresos un salario, en tanto que el tercero engloba a las situaciones de ingresos múltiples, a condición de que al menos uno de ellos provenga de las rentas del trabajo. Este último grupo es quizá el más heterogéneo y en él se incluyen tanto los núcleos con más de un miembro activo como aquellos otros en los que el salario de uno de sus miembros se complementa con una o más pensiones y los mucho más escasos en que se acumulan al menos dos salarios con una o más pensiones.

Resulta obvio señalar que tras esta clasificación del origen y en cierto modo de la cuantía de los ingresos familiares subyace la estructura familiar de la población, tanto por lo que respecta al ciclo vital de los núcleos considerados como al modelo familiar adoptado, ya sean familias centradas en torno al núcleo conyugal y sus descendientes, o familias más extensas, que incorporan además algún ascendiente y otros parientes laterales.

Por lo que respecta a los resultados globales a la escala del conjunto del casco urbano, es de destacar el predominio absoluto en que se encuentran los grupos domésticos que disponen de un único ingreso en forma de salario, predominio que concuerda con la presencia mayoritaria de las familias convencionales, de 3 o 4 miembros, en las que las mujeres desempeñan en escasa medida una actividad económica remunerada. En esta situación se encuentra casi la mitad (48%) de total de las familias, distribuyéndose el resto a partes aproximadamente iguales

entre el grupo de ingresos precarios o teóricamente inexistentes y el tercer grupo de ingresos múltiples y variados (Figura 4).

A las familias que dependen de un solo salario (situación 4) les siguen en importancia las que subsisten gracias a una única pensión (situación 2), circunstancia en que se encuentra el 16,4% de las familias gijonesas; una frecuencia ligeramente menor (13,7%) alcanzan los grupos domésticos con más de un miembro activo (situación 5); así pues, casi el 80% de las células económicas gijonesas se distribuyen entre estas tres combinaciones de ingresos. Importancia mucho menor, y parecida entre sí, tienen las familias en las que a un único salario se añade alguna pensión (situación 6; 8,6%) y las que no disponen de ningún activo ni pensionista (situación 1, con un 7,1%); y apenas puede decirse que sean significativas las posibilidades restantes, la acumulación de dos pensiones (situación 3, y un 2,9%) y la de varios salarios y alguna pensión (situación 7; 2,5%).

2.LAS DIFERENCIAS INTRAURBANAS DEL ORIGEN DE LOS INGRESOS FAMILIARES

No sólo es contrastada la importancia global de las siete categorías retenidas para el análisis, sino también el valor que adopta cada una de ellas en las 146 secciones censales que componen el casco urbano.

Por lo que respecta al grupo de *ingresos presumiblemente menores*, compuesto genéricamente por familias sin asalariados, ha resultado aconsejable mostrar gráficamente la distribución espacial de las familias cuya persona principal se hallaba desempleada al realizarse el padrón, en vez de las familias carentes por completo de perceptores; la errática distribución espacial de este grupo heterogéneo se sustituyó así por un mapa temático más inteligible en el que subsisten sin embargo los trazos básicos de aquélla.

Junto con las familias a cuyo frente se encuentra un parado, las que dependen de una sola pensión completan el grupo de los ingresos más precarios, dado que las que cuentan con dos pensiones para subsistir pueden asimilarse en su distribución (no así en su importancia numérica, que es mucho menor) a las anteriores; y por ello, aunque se haga referencia a ellas en el texto, no se incluyen en la relación de mapas temáticos.

Ya sea de una u otra forma, la precariedad técnica en los ingresos de las familias afecta de forma significativa a la práctica totalidad del espacio residencial gijónes. En la periferia del casco urbano, la reciente crisis del empleo industrial radicado en la ciudad, e incluso la experimentada en el conjunto de la región (este municipio presenta un balance positivo en las transferencias intermunicipales de salarios y por consiguiente existe una cierta dependencia de la población activa gijonesa en relación a los empleos exteriores), han dejado sin empleo a una parte nada desdeñable de los cabezas de familia. La escasa cualificación profesional y el carácter obrero de la población activa de estos barrios acumula en esa porción del espacio residencial los efectos de la crisis, de manera que en los barrios de El Natahoyo y de La Calzada, en casi todo Pumarán y los Llanos, en Ceares y en el extremo sur de El Coto, la frecuencia de esta desagradable situación supera el 5% del total de las familias de cada sección, llegando a alcanzar hasta un 13% de máximo.

Aún hay otros sectores donde es frecuente esta circunstancia familiar, localizados en el dominio

espacial de los estratos sociales más elevados, así por ejemplo el Polígono de Pumarán el Ensanche-Los Campos, ocupados por clases medias y medias-altas respectivamente. Sin excluir la posibilidad, menos probable, de un desempleo equiparable al de la periferia, debe sopesarse el hecho de que, por su construcción reciente el primero y por la amplia oferta de apartamentos en alquiler el segundo, favorecen la instalación de núcleos familiares sólo nominalmente desajados de los originales, es decir, sin una real independencia económica. Vástagos de familias acomodadas, bien solitarios, bien con obligaciones familiares recién contraídas, aún no han adquirido una situación económica consolidada, encontrándose con frecuencia en pleno período de adquisición de la cualificación profesional o grado de instrucción concordantes con su estrato social de origen. La inspección manual de los cuestionarios censales otorga verosimilitud a esta interpretación, pues se han encontrado bastantes cabezas de familia que migran diariamente por razones no relacionadas con ningún trabajo sino con los estudios, preferentemente de grado superior.

En el dominio espacial de estas clases medias y medias-altas prolifera sin embargo la segunda situación familiar generadora de bajos ingresos teóricos, es decir, la dependencia exclusiva de pensiones, en general de una sola; circunstancia que se superpone también al desempleo de los cabezas de familia en algunas porciones de la periferia obrera. Quiere esto decir que constituye una situación muy frecuente, hasta el punto de erigirse en la subdominante para el conjunto del casco urbano, y por ello adopta proporciones significativas en la mayoría de las secciones del mismo. Así, en casi los dos tercios de las unidades básicas de análisis supera el 15% del total de las familias, siendo por tanto el valor medio observado bastante elevado, de un 16,3%.

Como no puede ser de otra manera, la distribución de las economías domésticas que se asientan sobre una pensión es paralela a la de los indicadores del envejecimiento *sensu lato* tratados con anterioridad, manifestando como éstos un gradiente de intensidad decreciente hacia la periferia. La identidad en la distribución es especialmente manifiesta con las familias cuya persona principal supera los 65 años, dado que se trata en ambos casos de dos aspectos de una misma situación vital (véase la lámina III.1). Muy pocas son las incongruencias espaciales entre ambos mapas temáticos; la más extensa y llamativa corresponde al germen del barrio de La Calzada, al O. del casco urbano, y ello porque buena parte de sus familias en ciclos vitales avanzados cuentan además de con una pensión con el apoyo económico de un activo, lo que las incluye en otra categoría diferente de ingresos.

También existe una cierta disparidad, ésta de orden numérico, entre la importancia respectiva que alcanzan en el centro de la ciudad las familias cuya persona principal pertenece al grupo viejo y las que disponen de una sola pensión. El grado de coincidencia alcanzado entre ambos hechos se deriva sin duda de la exigüidad numérica de los miembros que componen las familias, muy frecuentemente solitarios, mientras que el margen de discrepancia se cierra si se toman también en consideración las familias que perciben dos pensiones, que aun siendo escasas en el resto de la ciudad allí pueden representar hasta un 11% del total, así como las posibles combinaciones de activos y pensionistas, cuyos valores máximos se acumulan igualmente en este sector de la ciudad. Y es que el envejecimiento, ya se ha

bía señalado, no es incompatible con la existencia de familias de tamaño medio.

Bajo una u otra forma, pues, los bajos ingresos recorren casi todos los sectores de la ciudad, pudiéndose reseñar tan sólo dos excepciones claras; la primera, obvia, corresponde al sector de nueva ocupación de las clases profesionales de elevado status, en la zona de Parque-Viesques, y la segunda al también reciente polígono de Nuevo Gijón, ocupado en su práctica totalidad por obreros siderúrgicos cualificados trasladados a Gijón por la empresa tras el cierre de sus instalaciones anticuadas de Mieres y La Felguera. En ninguna de estas áreas adquieren las familias de parados o de pensionistas importancia significativa.

El grupo de familias con *ingresos teóricamente intermedios* se compone tan sólo de los núcleos económicos que perciben una única renta del trabajo o salario. La heterogeneidad de las categorías socio-profesionales de quienes los perciben impide como es obvio considerarlos a todos como ingresos modestos, tomando esta acepción como sinónimo de intermedio, pero desde el punto de vista de los ingresos familiares globales puede presumirse un mayor desahogo económico dentro de cada estrato social a las situaciones familiares del grupo siguiente, en el que se combinan como mínimo un salario y otros ingresos adicionales de diverso origen.

Ya se ha mencionado el predominio absoluto de esta situación sobre todas las demás, cercano a la mitad del total de las familias gijonesas (el valor promedio de las 146 secciones se establece en un 48,8%), y también su estrecha relación con el predominio de los núcleos familiares "convencionales" o situados en las fases iniciales y medias del ciclo vital de las familias, relación que respecta tanto a su tamaño como a las características del miembro que lleva sus riendas (familias de 3 ó 4 personas cuyo responsable es un hombre en edad laboral); por ello no es de extrañar que la distribución de sus valores máximos sea claramente periférica, afectando, eso sí, a todos los estratos sociales, si bien de forma preferente a los más bajos. Así, en los barrios nítidamente obreros del oeste y del suroeste de la ciudad son frecuentes las proporciones superiores al 50 y aun al 60% del total de las familias allí residentes, aunque tanto las jóvenes clases medias del Polígono de Pumarín como las jóvenes familias desahogadas instaladas en las inmediaciones del Parque de Isabel La Católica participan también de este patrón económico-familiar mayoritario.

Debe ser resaltado además el carácter relativo de los valores mínimos que alcanza esta situación económica a lo largo de la ciudad; hay tan sólo 17 secciones donde no alcance a representar el 40% de las células familiares, a lo que hay que añadir que en ellas, es decir, en el centro terciario de la ciudad, estos valores mínimos (entre un 26 y un 39,9%) son más elevados que los máximos correspondientes a la situación económica que es allí la subdominante, la supeditación a una pensión (su umbral máximo: 23,5-29,0%).

En el grupo de las *familias con ingresos múltiples*, con al menos uno de ellos en forma de salario, interesa destacar sobre todo el reparto espacial de aquella situación que, sobre ser la más representativa de este grupo, conlleva presumiblemente además el máximo nivel de rentas dentro de cada estrato social, esto es, la que aúna los salarios de más de un miembro activo y ocupado.

Dicho reparto espacial ofrece el interés de dejar traslucir en gran medida la relevancia que en la

economía doméstica ejerce no ya la estructura por edad y familiar, como sucedía en casi todas las clasificaciones anteriores, sino el grado de cualificación profesional de los activos, la posesión generalizada en el seno de las familias del bagaje educativo más favorable para una participación ventajosa en el mercado laboral. Sólo en estas condiciones se constata una presencia significativa de mujeres ocupadas en actividades económicas remuneradas, origen de la mayoría de las familias con salarios múltiples.

De esta manera se explica que la acumulación de varios salarios sea más frecuente entre las familias de clase media y media-alta, sin que por ello falten por completo en los barrios obreros, en especial en los del O. y SO. de la ciudad. Para que esta incorporación al trabajo de la mujer, sobre todo de la casa, se traduzca en un segundo salario a añadir al del cabeza de familia es sin embargo necesaria una estructura familiar determinada, la "convencional", lo que no sucede con tanta frecuencia en el centro y en el Ensanche de Gijón. Allí, a pesar de que las mujeres manifiestan elevadas tasas de actividad, las familias con salarios adicionales al principal no alcanzan los valores esperables; hay demasiadas familias de solitarios, envejecidos o no, de inactivos y de mujeres cabezas de familia como para que la correspondencia entre ambos hechos que se comentan sea perfecta.

Así pues, los mayores focos de rentas máximas teóricas se localizan en el sector de clases medias paralelo a la avenida de Fernández Ladreda y en el extremo oriental del casco urbano, lugares ambos donde las familias con varios salarios ocupan la segunda posición tras las que perciben uno solo, encontrándose en una proporción de 1 a 2 respectivamente. En gran parte del centro también son abundantes, pero coexisten con una gran heterogeneidad en el origen de los ingresos familiares, puesto que allí son significativas prácticamente todas las categorías o combinaciones: una o dos pensiones, uno o más salarios e incluso la suma de varios salarios y pensiones, otra posibilidad de ingresos múltiples que aunque resulta minoritaria para el conjunto del casco urbano alcanza allí con frecuencia valores superiores al 10% del total de las familias.

El análisis de cada uno de estos grandes grupos de ingresos teóricos, con sus combinaciones internas, debe completarse a modo de síntesis con el conocimiento de las cargas familiares que en conjunto soportan los miembros perceptores de ingresos, los activos y los pensionistas/rentistas, distinguiendo además la fracción que representa cada uno de ellos.

3. LAS TASAS ESPECÍFICAS DE DEPENDENCIA ECONÓMICA Y EL PAPEL DE LOS PENSIONISTAS

Todo lo que se lleva dicho en apartados anteriores acerca del contraste entre el centro y la periferia por lo que respecta al grado de envejecimiento personal y familiar, del que dependen casi por completo las posibles combinaciones de ingresos familiares (otra cuestión es el importe económico de cada salario y de cada pensión, para cuyo conocimiento deben tenerse en cuenta las categorías socioprofesionales dominantes en cada área), encuentra su resumen económico en las tasas de dependencia específicas, entendiendo por tales las que revelan el peso que sobre los perceptores reales de ingresos ejercen los no perceptores teóricos. En esos términos, resulta de ellas un conocimiento bastante más ajustado a la reali-

dad que el que se deriva de las tasas de dependencia convencionales, mucho más restrictivas por lo que se refiere al cómputo de los perceptores (sólo los activos), pero al mismo tiempo mucho más laxas, dado que identifican la condición genérica de adulto de cualquier sexo con la percepción de unos ingresos, independientemente de la intensidad con que los adultos en general y cada sexo en particular participan de manera efectiva en el mercado laboral.

Como tal resumen de carácter económico, la relación que se establece entre los no perceptores y los perceptores de ingresos no puede por menos que manifestar una distribución concéntrica similar a la de los hechos en que encuentra su origen inmediato. El valor promedio de dicha relación para el conjunto del casco urbano (1,59) podría calificarse en principio de relativamente moderado, dado que cada perceptor debe subvenir a las necesidades económicas de una segunda persona y a algo más de la mitad de las correspondientes a un tercer miembro familiar, además de a las suyas propias, pero debe tenerse en cuenta de forma ineludible la cualidad de los perceptores, y para ello se ha confeccionado el mapa que representa el peso de los pensionistas sobre el total de los perceptores de cada sección, evitándose de esta forma conclusiones sesgadas, por halagüeñas.

Tanto el centro como la aureola intermedia de envejecimiento *sensu lato* tienen tasas específicas de dependencia menores que el promedio gijonés, pudiéndose incluso encontrar en el centro mayor número de perceptores que de personas dependientes. Ello no extraña ya conociendo la cotardad numérica de la composición de las familias y la importancia que alcanzaban allí casi todas las combinaciones complejas de ingresos variados, pero la contrapartida a esa aparente situación desahogada proviene también del envejecimiento, traducida en una superedificación, a veces excesiva, de unos ingresos de carácter exiguo como son las pensiones. Así, en estas aureolas, aunque no sólo en ellas, al menos un 30% y como un máximo la mitad de los perceptores encuentran en las mezzuinas pensiones españolas su fuente de ingresos.

En la periferia, la situación es casi siempre la exactamente opuesta, lo que no significa en modo alguno una mejoría; las familias en ciclos vitales iniciales o intermedios, por lo tanto más extensas, y con pocas mujeres activas, dan lugar a tasas de superedificación económica más elevadas y dependen en menor medida de la contribución económica de los eventual-

les miembros que hayan finalizado ya su período laboral. Muy frecuentemente, cada persona que aporta unos ingresos carga casi a completo con las necesidades económicas de otras dos personas, además de con las propias, y en algunas secciones, no muchas, es también responsabilidad suya atender hasta a un 30% de las que corresponden a una tercera persona (valor máximo alcanzado por esta tasa: 2,3 personas dependientes por cada perceptor en la sección 431).

Pero la omnipresencia en esta aureola externa de un asalariado único para cada familia no debe ocultar la contribución económica de los pensionistas, significativa precisamente allí donde de manera repetida se ha hallado un ostensible envejecimiento *sensu lato*: La Calzada, Llanos del Medio y de Arriba, Ceares y parte superior de El Coto. En la mayor parte de estos sectores urbanos su presencia entre los aportadores de ingresos oscila entre una cuarta parte y un 35% del total, y sólo de forma muy localizada (La Tejerona) llega a ser superior.

Así pues la abundancia relativa de perceptores que existe en el centro no significa una clara ventaja, como tampoco lo es el predominio de los asalariados en la periferia, sujetos a fuertes cargas familiares y en no pocos casos sustituidos, más raramente complementados, por pensionistas.

Este cuadro, por su cierta ambigüedad y sus matices, parece más real que el excesivamente contrastado que se obtendría a través de las tasas convencionales de dependencia; si en las áreas centrales la composición de cada familia reproduciese con fidelidad el peso relativo que allí adoptan los grandes grupos de edad, tendrían fundamento las altas tasas de dependencia consecuentes con su envejecimiento extremo, pero se ha visto cómo viejos y adultos no siempre comparten la vida familiar, ni por tanto los ingresos. Por el contrario, las reducidas tasas que el predominio de los adultos haría surgir en la periferia sólo serían ciertas si las mujeres adultas participasen en pie de igualdad en el mercado laboral, cosa que obviamente allí no sucede.

La estructura demográfica y familiar de la población urbana está pues en cierto modo presente, a través del nivel de los ingresos, en la adjudicación segmentada del espacio residencial a las distintas fracciones sociales urbanas, y en sí misma, en su diferenciada distribución espacial, constituye un trasunto de la forma en que a lo largo de la última centuria se ha apropiado, construido y organizado el espacio urbano que la acoge.

BIBLIOGRAFIA

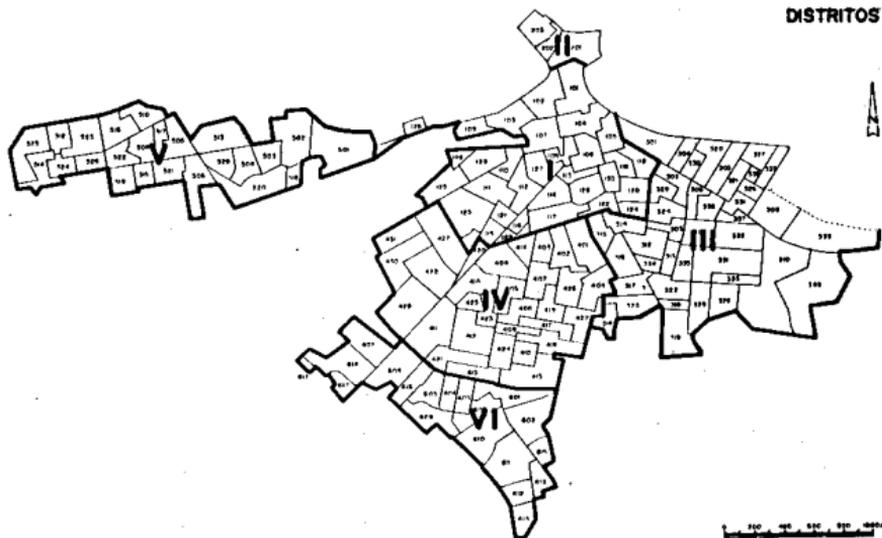
- AGÜERO, I.; OLANO REY, A.: "La evolución reciente de la fecundidad en España". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n. 10, 1980, pp. 121-150.
- ALVARGONZALEZ, R. M.: *Gijón: industrialización y crecimiento urbano*. Salinas, Ayalga, 1979, 247 p.
- ALVARGONZALEZ, R. M.: "Gijón". *Geografía de Asturias*, t. III, Salinas, Ayalga, 1982, pp. 156-249.
- BEAUJEU-GARNIER, J.; BASTIE, J. (di): *Atlas de Paris et de la région parisienne*. Paris, Berger-Levrault, 1967, 2 vols.
- CALVO, F.; HERIN, R.: *Murcia. Geoscopia de una ciu-*

dad española a fines del siglo XX. Murcia, Universidad de Murcia, 1985, 195 p.

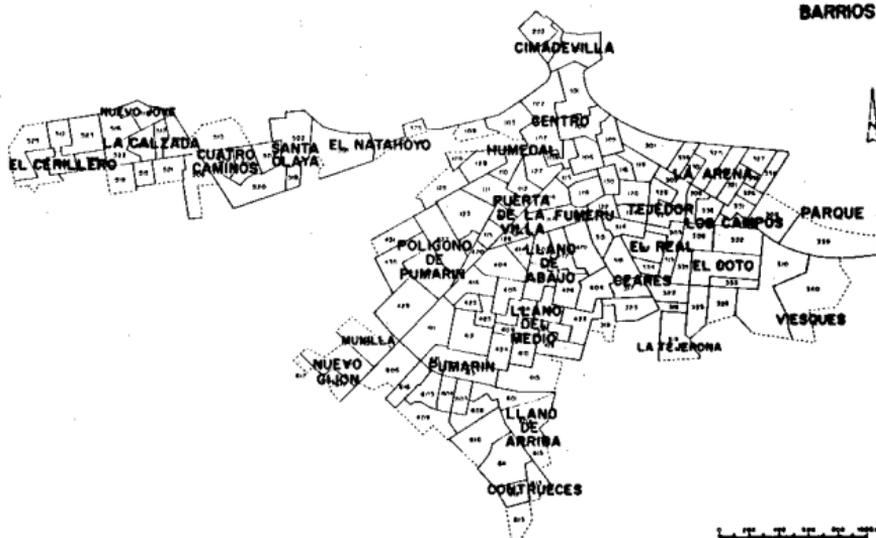
- CRUZ VILLALON, J. et al.: *La población de Sevilla*. Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 155 p.
- FERNANDEZ GUTIERREZ, F.: *Análisis geográfico-estructural de Granada y sus barrios*. Granada, Caja de Ahorros, 1979, 380 p.
- GONZALEZ GONZALEZ, M. J.: *Diferenciación socioeconómica en la ciudad de León*. León, Universidad de León, 1987, 403 p.
- GOZALVEZ PEREZ, V. (dir.): *Atlas sociodemográfico*

- de la ciudad de Alicante. Alicante, Instituto de Estudios "Juan Gil-Albert", 1987, 141 p.
- KESTELOOT, C.: "Les dimensions historique et structurelle de la différenciation sociale de l'espace urbain: l'exemple bruxellois". *Espace Populations Sociétés*, 1986, 1, pp. 15-30.
 - LEFEBVRE, H.: *La revolución urbana*. Madrid, Alianza, 1980, 198 p.
 - LLOREN MIÑAMBRES, M.: *La producción de suelo urbano en Gijón (1860-1975)*. Oviedo, Colegio Oficial de Arquitectos de León y Asturias, 1978, 219 p.
 - LLOREN MIÑAMBRES, M.: *Promoción inmobiliaria y morfología urbana en Gijón (1940-1978)*. 2 vols, Tesis Doctoral, Sección de Geografía, Universidad de Oviedo, 1982-1983.
 - MIGUEL, J. M. de: "Sociología de la población y control de la natalidad en España". *Revista de Investigaciones Sociológicas*, n. 10, 1980, pp. 15-47.
 - MIRALBES, R. et al.: "Los procesos demográficos en la dinámica urbana de la ciudad de La Coruña". *Geographicalia*, n. 21-24, 1984, pp. 43-75.
 - MORENO JIMENEZ, A.: "Régimen de tenencia de la vivienda en el casco antiguo de Madrid: esquema espacial y repercusión en la dinámica urbana". *VII Coloquio de Geografía* (Pamplona, 1981), t. II, pp. 401-408.
 - NONN, H.: *Strasbourg. Des densités aux structures urbaines*. Strasbourg, Faculté des Lettres de Strasbourg, 1965, 2 vols.
 - OCAÑA OCAÑA, C.: *Atlas social de la ciudad de Málaga*. Málaga, Caja de Ahorros de Ronda, 1984, 314 p.
 - QUIROS LINARES, F.: "Patios, corrales y ciudadelas (Notas sobre viviendas obreras en España)". *Ería*, n. 3, 1982, pp. 3-34.
 - SENDIN GARCIA, M. A.: "La pervivencia de los caracteres morfológicos originales en dos manzanas del ensanche gijonés". *Ería*, n. 8, 1985, pp. 105-108.
 - SENDIN GARCIA, M. A.: "El Bibio, los cambios morfológicos de una zona residencial burguesa en Gijón". *Ería*, n. 16, 1988, pp. 185-189.
 - SIERRA ALVAREZ, J.: "Política de vivienda y disciplinas industriales paternalistas en Asturias". *Ería*, n.º 8, 1985, pp. 61-71.

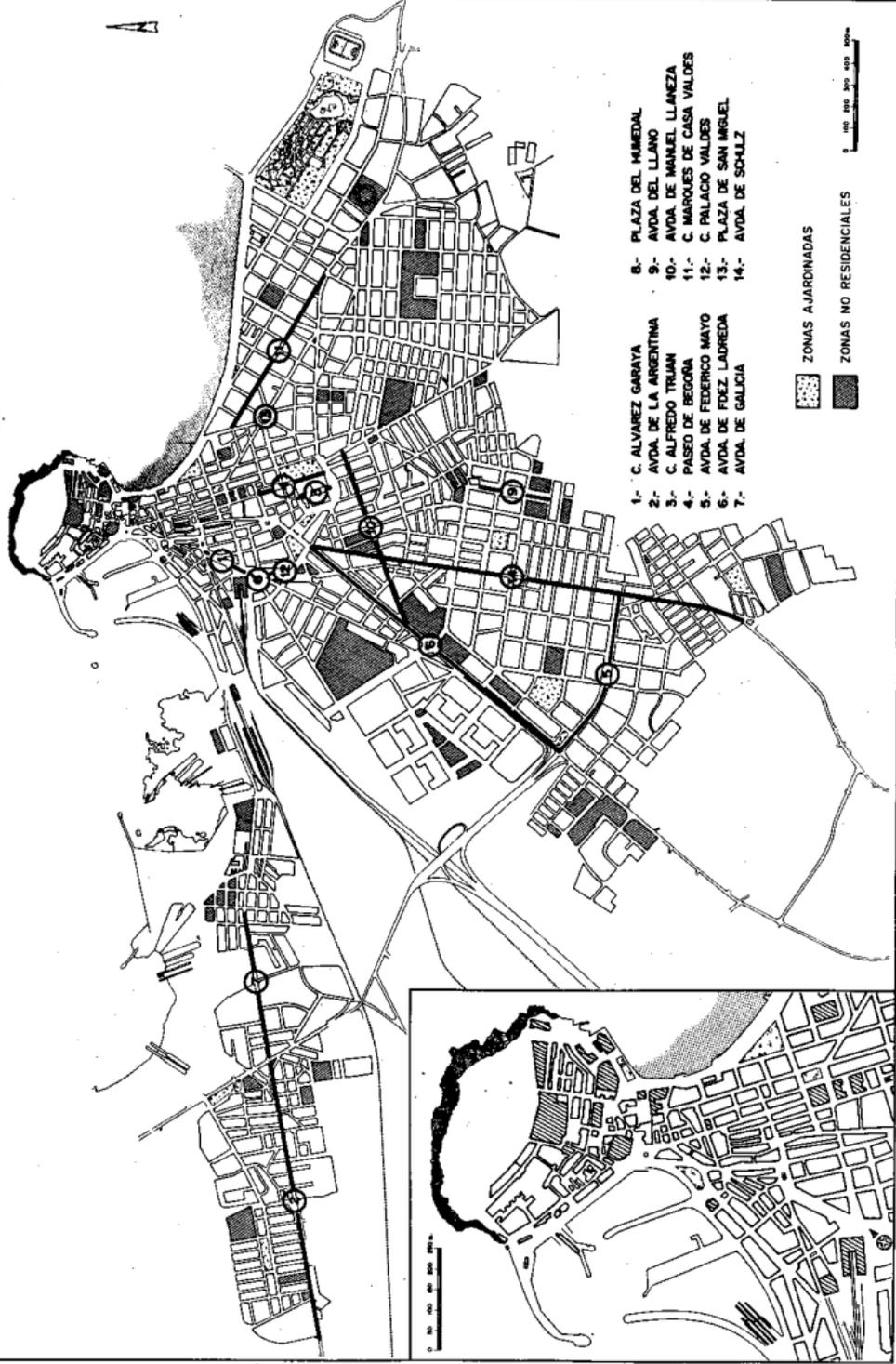
DISTRITOS



BARRIOS



RELACION DE CALLES MENCIONADAS



- 1.- C. ALVAREZ GARAYTA
- 2.- AVDA. DE LA ARGENTINA
- 3.- C. ALFREDO TRIJAN
- 4.- PASO DE BEGOÑA
- 5.- AVDA. DE FEDERICO MAYO
- 6.- AVDA. DE FROZ LAUREDA
- 7.- AVDA. DE GALICIA

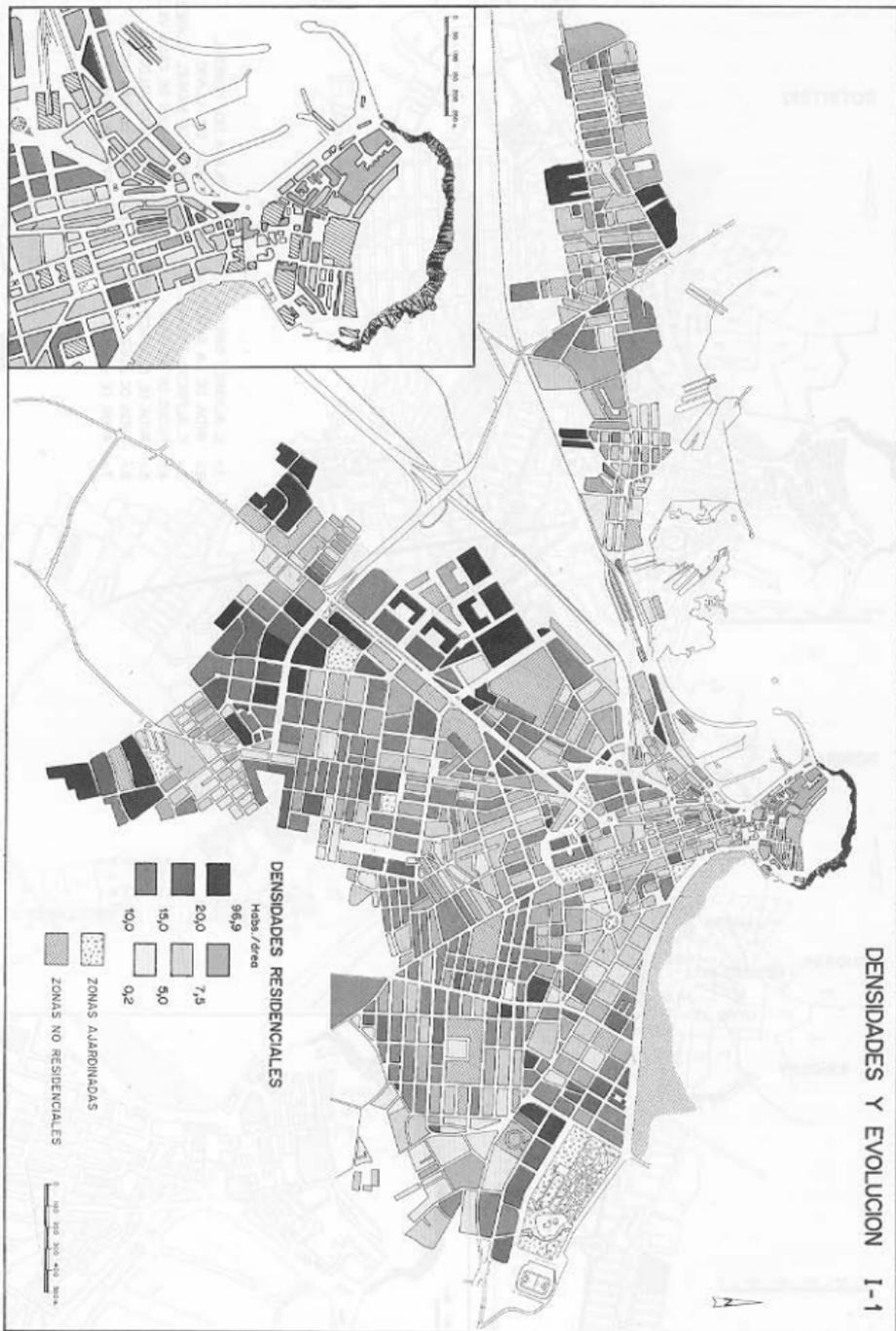
- 8.- PLAZA DEL MIREDAJ
- 9.- AVDA. DEL LLANO
- 10.- AVDA. DE MANUEL LLAMEZA
- 11.- C. MARQUES DE CASA VALDES
- 12.- C. PALACIO VALDES
- 13.- PLAZA DE SAN ANGEL
- 14.- AVDA. DE SCHULZ

 ZONAS AJARONADAS
 ZONAS NO RESIDENCIALES

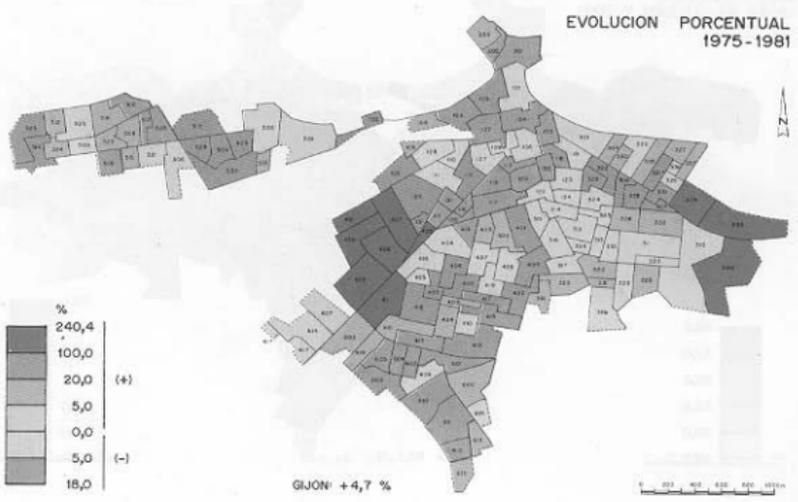
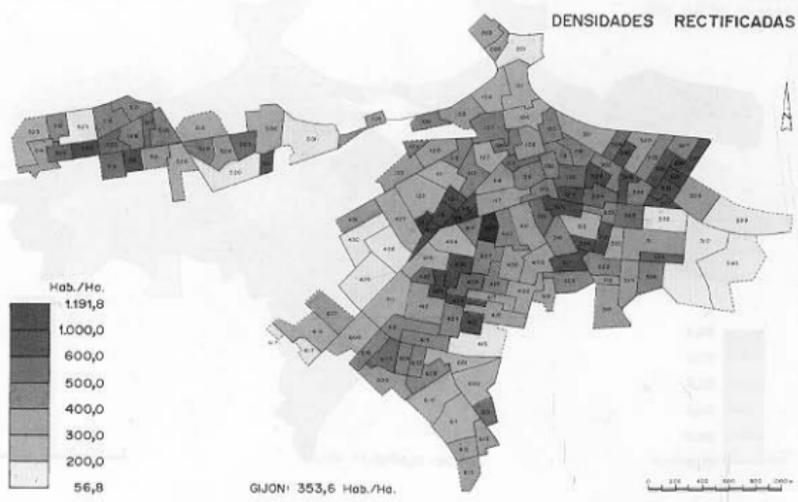
 0 100 200 300 400 500 600 700 800 900 1000



DENSIDADES Y EVOLUCION 1-1

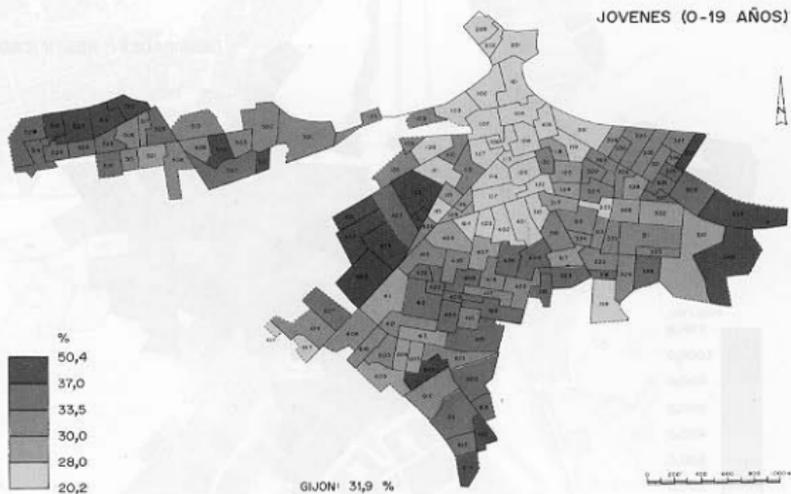


DENSIDADES Y EVOLUCION I-2

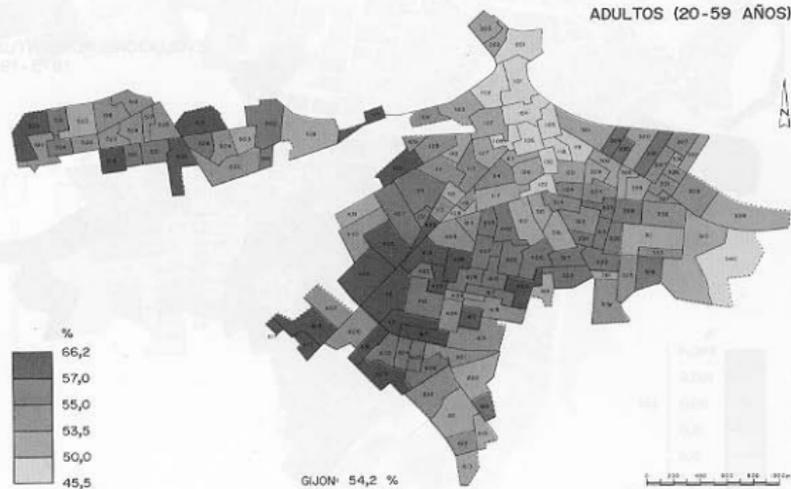


COMPOSICION DEMOGRAFICA II-1

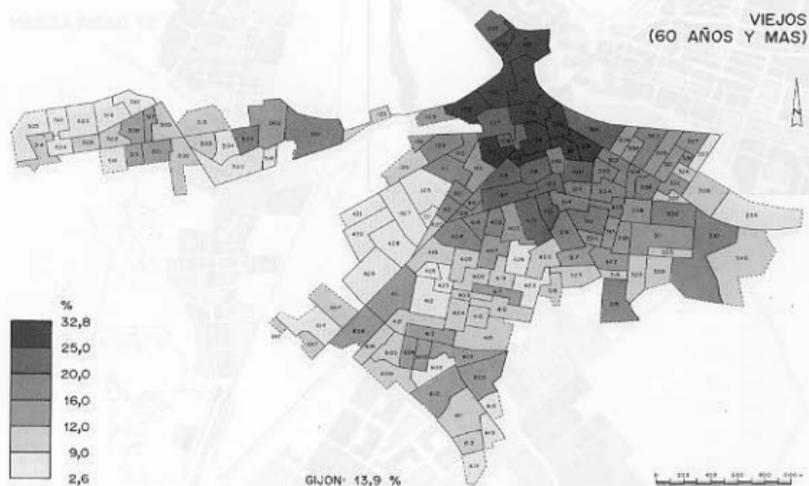
JOVENES (0-19 AÑOS)



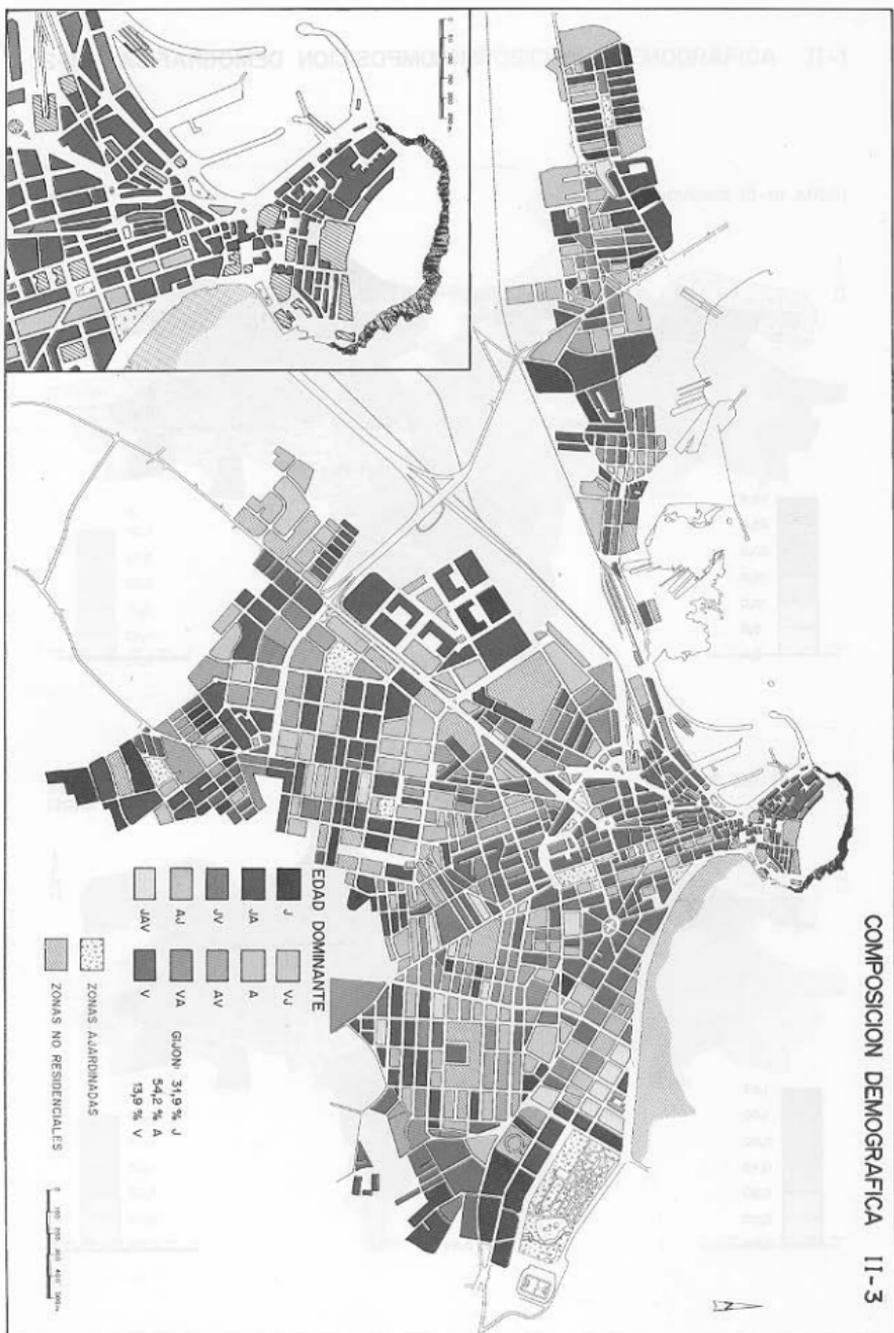
ADULTOS (20-59 AÑOS)



COMPOSICION DEMOGRAFICA II-2



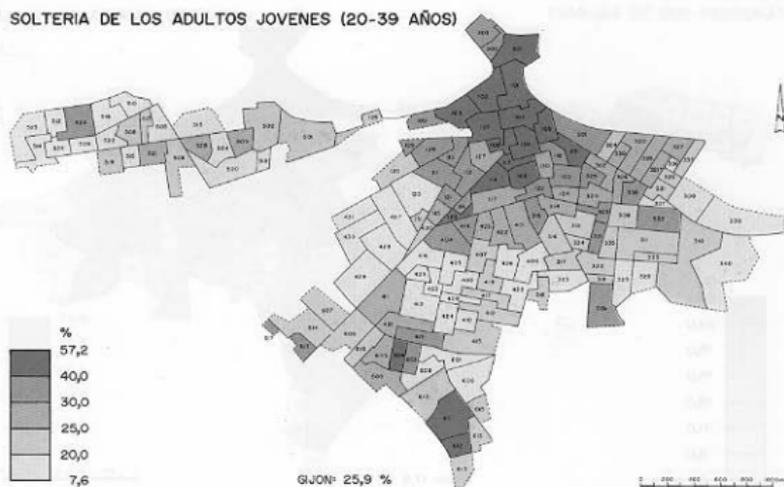
COMPOSICION DEMOGRAFICA 11-3



MASCULINIDAD DE LOS ADULTOS

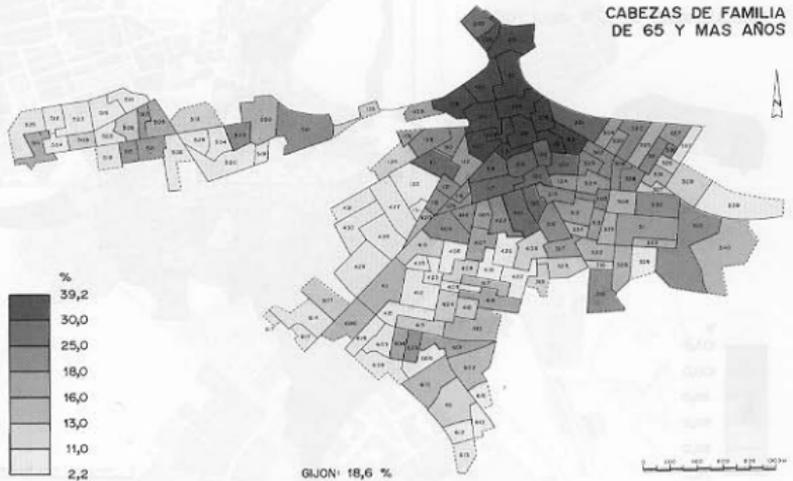


SOLTERIA DE LOS ADULTOS JOVENES (20-39 AÑOS)

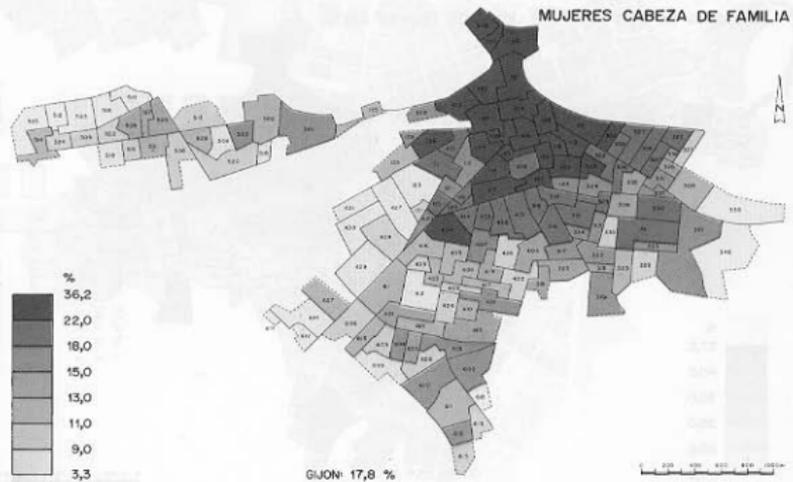


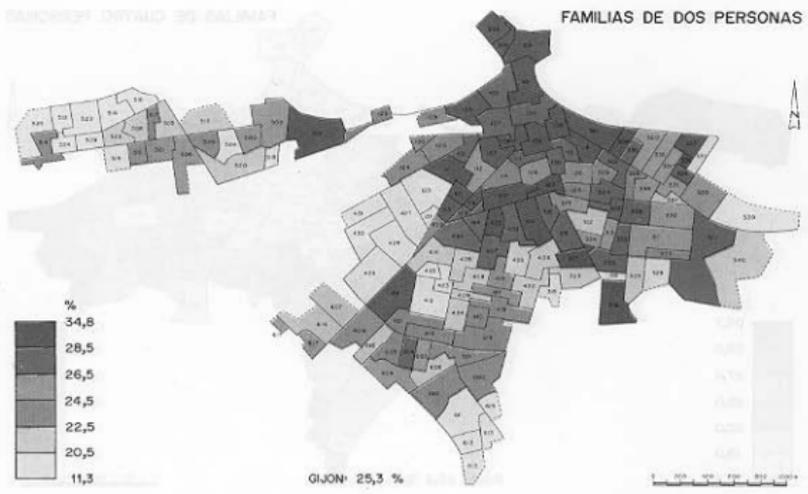
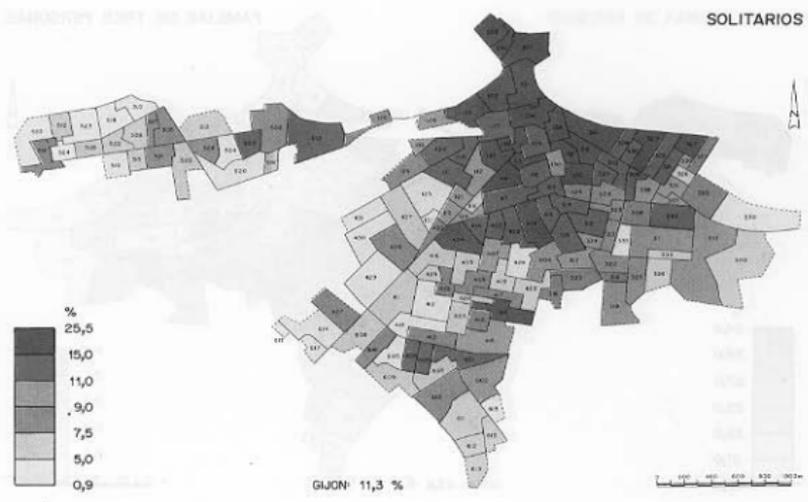
COMPOSICION FAMILIAR III-1

CABEZAS DE FAMILIA DE 65 Y MAS AÑOS

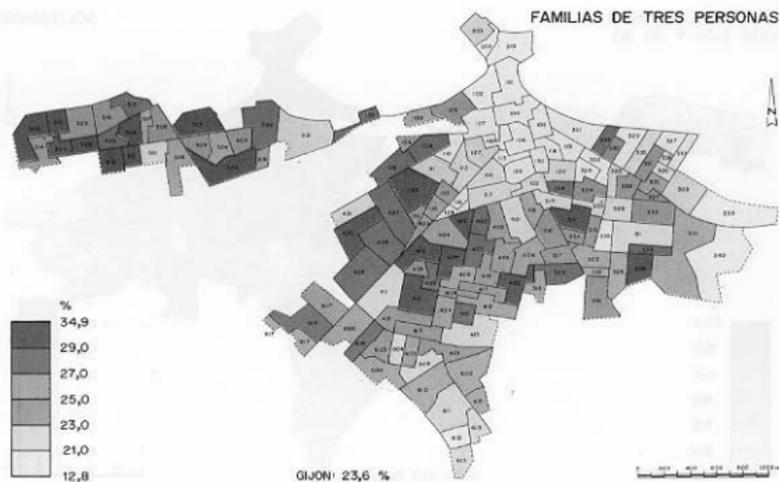


MUJERES CABEZA DE FAMILIA

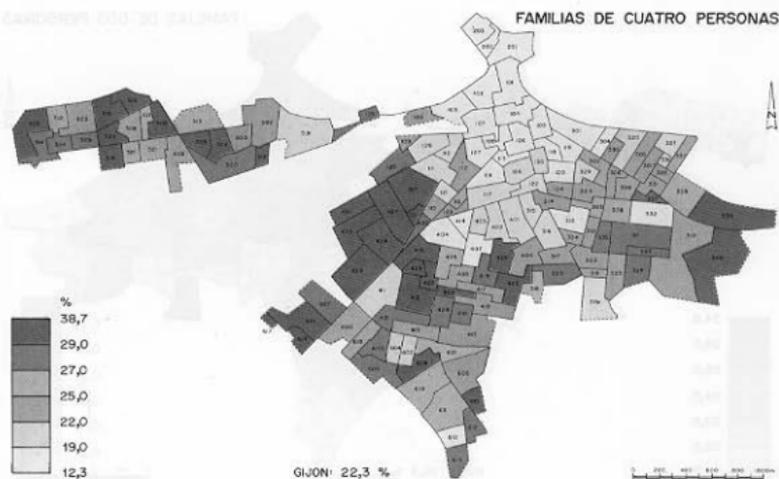


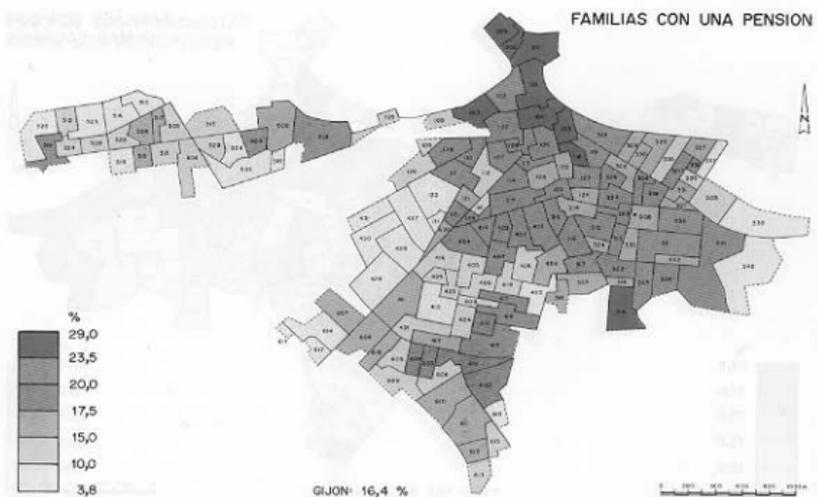
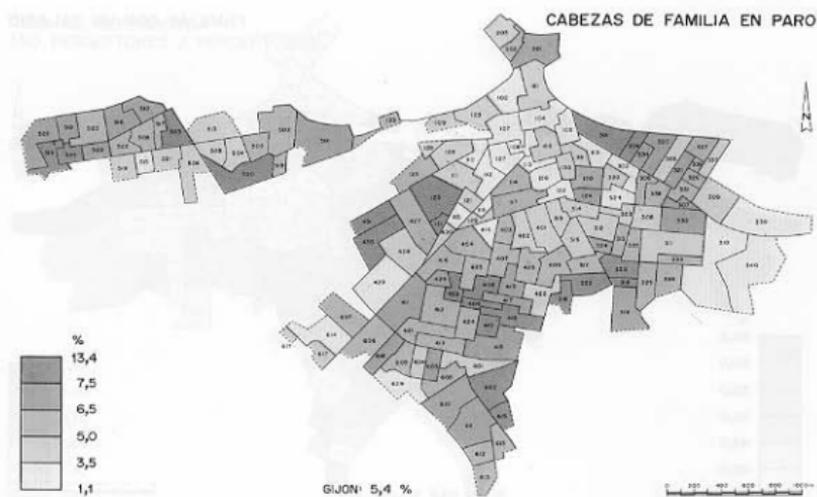


SOMATLOE

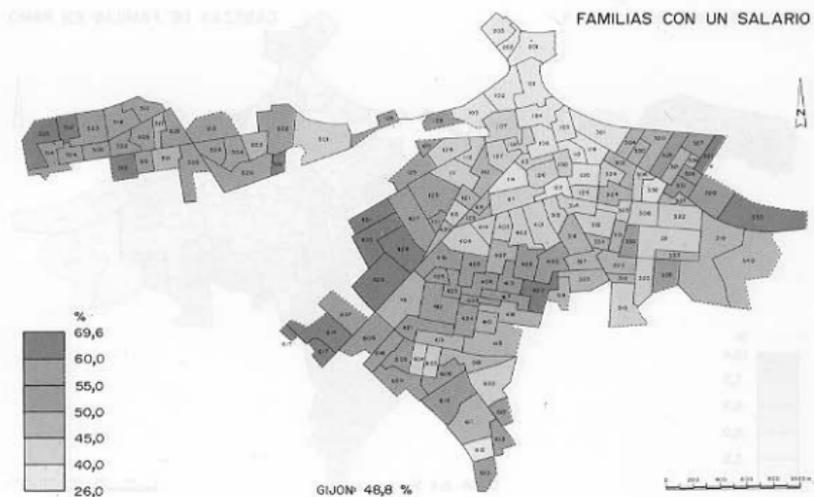


SOMATLOE



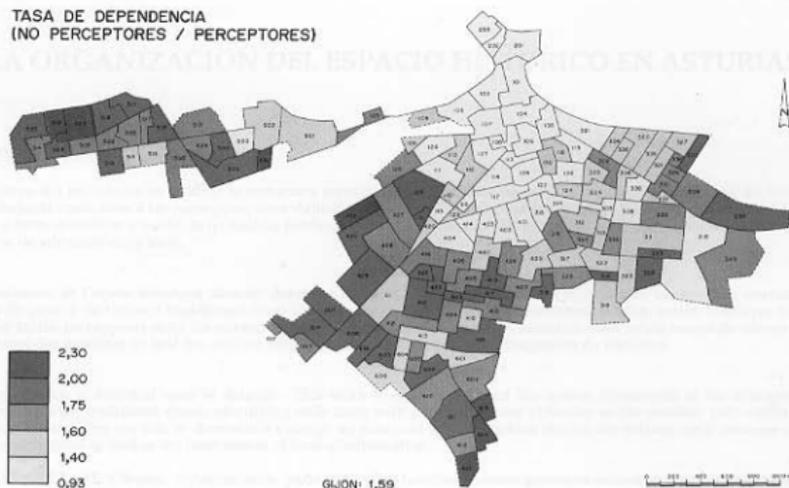


ORIGEN DE LOS INGRESOS FAMILIARES IV-2



ORIGEN DE LOS INGRESOS FAMILIARES IV-3

TASA DE DEPENDENCIA
(NO PERCEPTORES / PERCEPTORES)



PESO DE LOS PENSIONISTAS
SOBRE LOS PERCEPTORES

